

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 91 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 2001

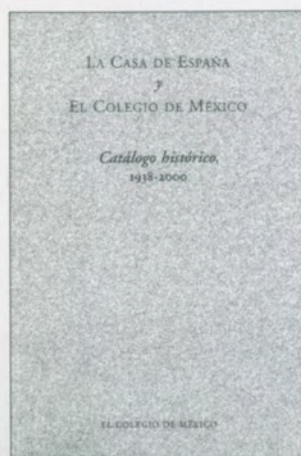
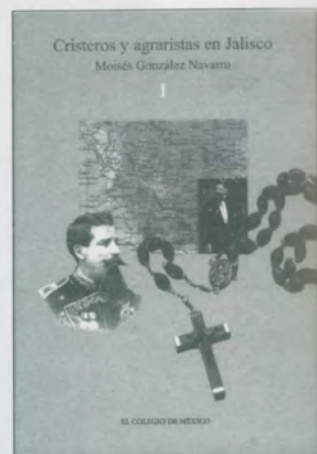
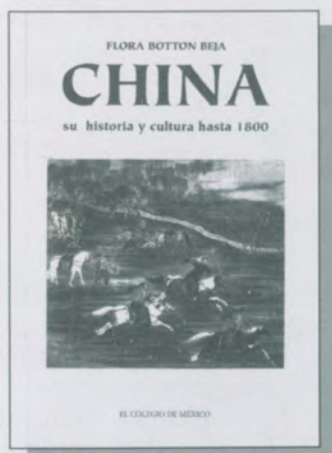
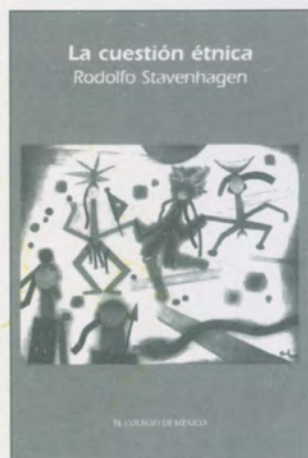
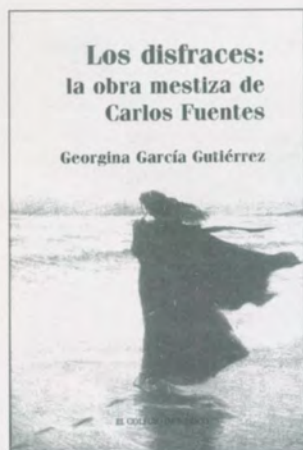


Primera vigilia terrestre
Manuel Calvillo

Crónicas de Roberto Arlt
Rose Corral

Bromas, ardides y venganzas
Federico Nietzsche

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



ÍNDICE

Crónicas de Roberto Arlt
en *El Nacional* (1937-1941)

■ Rose Corral ■ 2

Al margen del cable

■ Roberto Arlt ■ 5

El destructor de ciudades

■ Roberto Arlt ■ 7

Federico Nietzsche,
Sus mejores versos

■ Francisco A. de Icaza ■ 9

Bromas, ardidés y venganzas

■ Federico Nietzsche ■ 11

Primera vigilia terrestre

■ Manuel Calvillo ■ 25



EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCES DORRONSORO ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 91, MAYO-JUNIO DE 2001

■ Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada FEDERICO NIETZSCHE POR ALBERTO GIRONELLA

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de litud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

Crónicas de Roberto Arlt en El Nacional (1937-1941)

La editorial Losada publicará este año en Buenos Aires un conjunto de crónicas desconocidas del escritor argentino Roberto Arlt (1900-1942) que aparecieron en el periódico mexicano *El Nacional* entre 1937 y 1941. La edición ha sido preparada por Rose Corral, profesora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Ofrecemos un fragmento de su introducción al volumen y dos de las crónicas de Arlt publicadas en México.

Roberto Arlt supo muy pronto, desde finales de 1928, que las exitosas “aguafuertes porteñas” —la columna que había empezado a escribir unos meses antes en el periódico *El Mundo*— se reproducían en diarios uruguayos y chilenos, y también en diarios de provincia.¹ Menciona el hecho en una crónica publicada el 31 de diciembre de 1928: “Diarios uruguayos, *El Plata* por ejemplo, han reproducido con harta frecuencia mis notas. Sé también que diarios chilenos publican mis aguafuertes, en las provincias nuestras, pasa algo parecido”.² Pero lo más probable es que nunca supo que se leyeron en México muchas de las crónicas que escribe en *El Mundo* en los últimos años de su vida, a su regreso de España y Marruecos.

A lo largo de cuatro años, entre julio de 1937 y diciembre de 1941 se publican en *El Nacional* (periódico fundado en 1929 por el Partido Nacional Revolucionario y que acaba de desaparecer en septiembre de 1998) setenta y tres crónicas de Roberto

Arlt que pertenecen a su columna “Al margen del cable”. El hallazgo hecho en México obliga a volver la mirada sobre el tipo de crónica que escribe en esos años y a reflexionar sobre sus características y aciertos. En su mayoría, se trata de excelentes recreaciones literarias de noticias internacionales, de los cables escuetos e informativos que suelen llegar a las redacciones de los periódicos, cables que en algunos casos Arlt transcribe como un epígrafe, al inicio de su crónica. Esta columna que fue por lo visto igualmente apreciada, que viajó por el continente y llegó a un gran público lector, permanece prácticamente ignorada en su totalidad.

Arlt entra de incógnito —no se menciona la procedencia de la nota— en la página editorial de *El Nacional* el 3 de julio de 1937 con la crónica intitulada “El bacilo de la neutralidad en Escandinavia”. Arlt cuestiona la supuesta “neutralidad” de los países escandinavos frente a la amenaza creciente de guerra en Europa, en realidad una carrera armamentista encubierta, y desmonta con lucidez e ironía el lenguaje de los políticos escandinavos, la manipulación y tergiversación de las palabras, tal como lo había hecho varios años antes en algunas de sus “aguafuertes porteñas” con la política argentina. Parece evidente que el peligro inminente de guerra, y en particular el seguimiento que lleva a cabo Arlt de los signos precursores de la Segunda Guerra Mundial en distintos escenarios, europeos y asiáticos, antes de su estallido en septiembre de 1939, es de todos los temas que trata Arlt en esos años el que interesa sobre todo al periódico mexicano. Pero no es el único. También se reproducen otras crónicas en las que recrea noticias que pueden parecer menores, noticias “perdidas entre espesas columnas de

¹ Las “aguafuertes”, que en un principio *El Mundo* publica a diario con las viñetas de Bello, convierten muy pronto a Arlt en un periodista famoso. Como lo relata en la nota “El placer de vagabundear” (20 de septiembre de 1928), Arlt recorre las calles de su ciudad en busca de temas para sus notas: como “un soñador irónico y un poco despierto”, atento a los “extraordinarios encuentros de la calle”, el escritor recuerda la “utilidad de darse unos baños de multitud y de callejeo”. Roberto Arlt, *Aguafuertes, Obras completas*, t. 2, prólogo de David Viñas, 1998, pp. 115-117. Arlt es en sus “aguafuertes” un agudo observador de la sociedad porteña de los años veinte y treinta y sus numerosas estampas, conocidas hoy todavía parcialmente, son un testimonio de la vida cotidiana de Buenos Aires, de los tipos de barrio y del lenguaje vivo del “hombre de la calle”. Ante el éxito de su columna, la editorial Victoria decide publicar en forma de libro, en 1933 y en vida del autor, la primera selección de “aguafuertes”.

² Roberto Arlt, “La crónica n° 231”, *Aguafuertes...*, p. 369.



tragedia internacional”.³ Vuelve asimismo sobre temas siempre seductores tanto en su ficción como en sus crónicas: el mundo del delito y sus conexiones con el poder político y económico, las “vidas novelescas” de aventureros e inventores, las ciencias ocultas y la política. En 1939, a raíz del estallido de la guerra, Arlt se suma a la discusión acerca del incierto porvenir de Europa y reflexiona sobre el peligro que corre la cultura, un tema muy debatido en esos años. Sólo dos de las crónicas publicadas por *El Nacional* tienen que ver con asuntos nacionales o regionales. En enero de 1938, con el título “Sed en Santiago”, se recoge una de las nueve notas que Arlt dedica al problema de la sequía en la provincia argentina de Santiago del Estero y, en febrero de 1941, se reproduce una de las “Cartas” que desde Chile el escritor envía a la redacción de *El Mundo*: “La necesidad del Transandino”.

La presencia de Arlt en la página editorial del periódico y el prolongado tiempo en que se reproducen sus notas no son frutos del azar: sólo pueden explicarse por el interés sostenido que generan sus crónicas y por la afinidad o

³Roberto Arlt, “La ciudad sumergida en el bosque”, *El Nacional*, 2 de septiembre de 1937 y *El Mundo*, 18 de junio de 1937.

coincidencia entre la postura de Arlt sobre la guerra en particular y la del periódico mexicano.

Las notas de Arlt siguen apareciendo con regularidad hasta abril de 1938 y por lo general se publican un mes después de su aparición en el diario porteño. Luego de una interrupción de cinco meses que corresponde a una interrupción similar en las colaboraciones de Arlt en *El Mundo*, reaparece una nueva nota el 18 de septiembre. Finalmente, el 9 de noviembre de 1938, cuando el nombre de Roberto Arlt debía ser ya un nombre familiar para los lectores del periódico y cuando suman veintisiete las crónicas suyas publicadas, se señala por primera vez junto al título de su crónica, “Contrabandistas de su propia fortuna”, la procedencia: “De *El Mundo*, Bs As”. En muy contadas ocasiones aparecerá de nuevo esta mención. En 1939 se intensifica la presencia de Arlt en las páginas del periódico mexicano: sale un promedio de dos crónicas suyas por mes. Es también el año en que Arlt publica en *El Mundo* la mayor cantidad de crónicas. En 1940 sólo se registran nueve notas y finalmente dejan de aparecer en diciembre de 1941 con la nota titulada “Jack London, los perros rusos y los tanques alemanes”, siete meses antes de la muerte de Roberto Arlt.

Pero ¿qué diario es *El Nacional* a finales de los años treinta cuando aparecen las crónicas de Arlt en sus páginas? Después de un periodo de búsqueda y de ajustes, el periódico se convierte a partir de la presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) en el periódico oficial del gobierno. El dato es importante. Se trata de una etapa significativa del periódico, una etapa combativa que defiende las conquistas sociales del momento, la expropiación petrolera, la reforma agraria, conquistas a las que se oponía la prensa de la época ligada a intereses conservadores. En política exterior, Cárdenas defiende a la República española y después de la derrota acoge a miles de exiliados. En el mismo periodo empiezan a llegar a México perseguidos políticos, víctimas del nazismo en auge en Europa. Es en esta peculiar coyuntura que se insertan las notas de Arlt.⁴

El cronista Arlt de esos años no se entiende sin el escritor que hay en él, sin el poderoso novelista de *Los siete lo-*

⁴Curiosamente, la única nota en que Arlt se ocupa de un asunto mexicano no se reproduce en *El Nacional*. El 25 de noviembre de 1938 en “Pesca, y no de peces”, Roberto Arlt recrea un episodio del espionaje militar japonés en las costas mexicanas del Pacífico durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. En el mejor estilo de las notas que escribe en esos años, Arlt combina la construcción y narración de una intriga —las actividades de militares japoneses disfrazados de humildes agricultores— con la noticia política.

cos. La crónica es en Arlt un género que corre paralelo a su ficción, la alimenta en varios sentidos, un género que a la vez se enriquece con el talento narrativo del novelista. Parece difícil concebir una práctica sin la otra, o en todo caso parece difícil no admitir que existan huellas de una en otra. Por otra parte, existe una continuidad indudable entre algunos de los temas y obsesiones de Arlt en su narrativa y en estas notables crónicas, un género por naturaleza híbrido en el que la invención colinda con la noticia, el suceso actual. Aunque existen en el conjunto de las crónicas distintos grados de invención, algunas son glosas de la noticia, más cercanas al acontecimiento que genera la nota, las más logradas y las más fascinantes también, son las crónicas más "ficticias" de Arlt, aquéllas en las que el fabulador y narrador construye una historia, transfiriéndole las virtudes de su prosa narrativa: acción, intriga, aventura.

La política internacional de finales de los años treinta, dominada por el afán expansionista de los nazis, es leída y reconstruida por Arlt como un escenario en el que deben descifrarse, tras las palabras y los gestos de los actores políticos, las motivaciones ocultas que los mueven, las intrigas que urden en la oscuridad. La política es sinónimo de conspiración: un terreno perverso y cínico, un campo de maniobras en donde triunfa el más astuto, el que mejor engaña al enemigo.

Otro tema, que atraviesa prácticamente toda la obra de Arlt desde su primer ensayo sobre las ciencias ocultas en Buenos Aires publicado en 1920,⁵ y que permite apreciar la continuidad y la transformación del mismo a través de su paso por distintos géneros, es el vínculo observado por Arlt entre las ciencias ocultas y el poder político. En el primer texto, Arlt denuncia las conexiones entre el ocultismo y el imperio británico en la India, algunos años después, en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, el ambiguo revolucionario, admirador de Lenin y Mussolini, es, no casualmente, un astrólogo. Finalmente, en una crónica de septiembre de 1939, titulada "Septiembre en el horóscopo de Hitler" y destacada por la redacción de *El Nacional* como uno de "los mejores artículos", Arlt señala la siniestra relación de estas ciencias con las maquinaciones de los nazis que pretenden por esta vía justificar su predominio y expansión. La historia de la persecución y asesinato de Erich Jan Hanussen, el astrólogo "oficial" del nazismo, es narrada por Arlt como un relato policial. Cabe también destacar en este conjunto varias otras crónicas de Arlt, que bien podrían titularse "biografías



sintéticas" de aventureros, criminales, espías, inventores. Es el caso, por ejemplo, de T. E. Lawrence y de Rafael de Nogales, de Sir Henry Wickham, explorador británico al servicio del imperio, que destruye el monopolio del caucho brasileño, o de Gabriel Szakatch, el inventor del lanzallamas durante la guerra del catorce, cuya vida Arlt reconstruye a partir de su oscura muerte en Viena en julio de 1937.

En todos los casos es notoria la voluntad literaria del autor que reconstruye, con destreza y trazos precisos, el escenario de la noticia, la ciudad o el paisaje en que ocurre, para finalmente dramatizar el cuadro: pone en movimiento a los personajes que intervienen, históricos o imaginarios, inventa situaciones, diálogos, monólogos. Tal vez uno de los rasgos estilísticos más logrados de las crónicas de "Al margen del cable" es la seductora composición de lugar con la que inicia muchas de sus notas: recrea de manera vívida el ambiente, la topografía de ciudades nunca vistas: Budapest, Estocolmo, París, Danzig, Filadelfia, Shanghai y muchas más. Arlt trasciende siempre el simple valor informativo de la noticia, la circunstancia histórica de su escritura. Pese a que se han olvidado ya muchos de los nombres y vidas evocados, nombres que fueron noticia en su momento, estas crónicas siguen vigentes por el aliento narrativo que las recorre. €

⁵Roberto Arlt, "Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires", *Tribuna Libre* (Buenos Aires), núm. 63, 28 de enero de 1920.

Al margen del cable

Los mejores artículos, 1939: "Septiembre en el horóscopo de Hitler"*

BERLÍN, 8 DE ABRIL DEL AÑO 1933.
CUATRO DE LA MADRUGADA

Un automóvil amarillo corre a toda velocidad desde Potsdam por la carretera de Neuhof. El conductor, pálido, el pecho pegado al volante, mira ávidamente por el espejo adherido al parabrisa y aprieta el acelerador. A veces, en el espejo del parabrisa, se mueven los focos de otro automóvil que sortea, también, con idéntica velocidad, las curvas del camino.

El hombre del volante es Hermann Stinscheider, famoso en Europa Central bajo el nombre de Erich Jan Hanussen, doctor en magia negra.

Sus predicciones son célebres. Ha anunciado el asesinato de políticos de nota, la derrota de las izquierdas en pleno incremento, el triunfo de Hitler cuando el partido nazi perdía terreno, el incendio del Reichstag. Ciertamente es que Hanussen es amigo del conde Helldorf, jefe de las tropas de asalto de Berlín, y Helldorf pasa datos a Hanussen respecto a los políticos que el partido piensa eliminar, y entonces Hanussen anuncia que los astros le han insinuado la desaparición de los tales políticos, y muchas veces el bonachón conde Helldorf le ayuda a Hanussen a no equivocarse. De manera que una mano ayuda a la otra y las dos lavan la cara. Además, Hanussen es amigo personal de Adolfo Hitler.

*Por lo general, el periódico mexicano conservaba el título original de las crónicas de Arlt, tal como aparecían publicadas en *El Mundo*. En este caso, la redacción de *El Nacional* agrega un encabezado para destacar el mérito de esta nota, y le cambia el título. En efecto, en *El Mundo* aparece el 10 de septiembre de 1939 con el título "Septiembre en el horóscopo de Hitler"; se reproduce en *El Nacional* el 17 de octubre de 1939.

Pero ahora el doctor en magia negra, con el pecho pegado al volante de su Mercedes-Benz, está inquieto. Si alcanza a meterse en su villa de Kurfurstendam, estará a salvo de estos misteriosos perseguidores que parecen empeñados en alcanzarlo.

Hanussen viene de Potsdam, de dictar un curso de Ciencias Ocultas. Hanussen, hablando en plata, es uno de los bribones más redomados que hayan cruzado las calles de Berlín bajo el sol o la luna. A los dieciocho años, este enérgico buscavidas andaba por Persia corriendo aventuras de ladronzuelo, según sus referencias, estudiando la ciencia de los horóscopos con una sacerdotisa de Kali. Durante la guerra del año 1914, en el frente ruso-germano, al servicio de un coronel teósofo, hipnotizaba prisioneros y les arrancaba secretos militares. Ahora, en este año de gracia de 1933, en su villa de Kurfurstendam, atiende a la aristocracia de Alemania interesada en escudriñar los misterios astrales.

La consulta se paga a diez dólares porque Hanussen prevé la bancarrota del marco y no quiere clavarse con moneda alemana.

The Presse Photo ha popularizado los interiores de su palacio. Para llegar hasta él, el neófito debe caminar por una alfombra mullida, en la que están labrados toda la serie de signos cabalísticos. Al final de esta vía láctea maravillosa entráis a un salón oscuro, con el suelo cargado de cojines y un muro formado por cortinas de raso negro.

Las cortinas se entreabren, y por esta hendidura de tinieblas, alumbrada por un foco verdoso, aparece la facha del más insolente chalán que haya hurtado bolsas en un ferial de húngaros: el doctor en magia negra, Erich Jan Hanussen.

En su casa encontraréis las herederas y esposas de los grandes barones del acero y de la industria química, y



poderosas parientas de multimillonarios extranjeros. Caminan respetuosamente sobre signos del Zodíaco, se deslizan sin cuchichear entre budas con pies de nácar centelleante y ojos de jade.

Hanussen hace las cosas en grande, y a todos los que vienen a consultarle les pregunta, cuando les despide:

—¿Sabéis quién es el Enviado?

—No.

—Adolfo Hitler.

En pago de esto, el excelente jefe de las tropas de asalto le ayuda a Hanussen a no equivocarse en sus predicciones, de tal manera que hombre o mujer que haya merecido la atención del siniestro adivino puede irse encargando un ataúd a la medida, que lo ha de necesitar. Por eso Hanussen, agradecido al conde Helldorf, les musita en el oído, con voz cavernosa, a sus visitantes:

—Creed en Adolfo Hitler. Él es el Enviado.

Ahora, en las tinieblas de la noche, en este frío amanecer berlinés, Hanussen se desliza pálido como un fantasma, apoyado en el volante de su vertiginoso Mercedes-Benz. Kilómetros y más kilómetros de cinta de asfalto quedan tras él, y lo único que desea es llegar a su villa. Si le dan tiempo se comunicará con Goering, o con Hitler, o con Helldorf. El maldito vehículo que le perseguía ha desaparecido; él se equivocó; pero, de pronto, ya de frente, un automóvil enorme, cargado de una patrulla de *Schutzstaffeln* (policía de Sección Especial), se detiene frente a él. Lo encañona una carabina. Hanussen detiene el coche y se baja. A la luz de los focos muestra la frente perlada de sudor mortal. ¡Es el fin! Lo han perdido sus excesivos conocimientos de los secretos del partido nazi.

Los empleados de Sección Especial, esgrimiendo

cachiporras de caucho, echan a correr hacia el doctor en magia negra; esgrimen las terribles *gummiknüppel* y golpean con ellas la cabeza del amigo personal del Enviado. Hanussen se desmaya, y un polizone descarga su automática en las sienes del mago. Luego registran el cadáver, y en su bolsillo encuentran este horóscopo, que se ha hecho famoso en todos los círculos de aficionados a la astrología, y que, por la tarde, Hanussen había leído en la conferencia de Potsdam:

“Todos los años el mes de septiembre es el mes contrabalanceado en la vida de Adolfo Hitler, pero particularmente en el año 1939, este juego se acentuará, porque dos planetas, Marte, impulsándolo hacia la guerra, y Saturno, presionándolo con escrúpulos de prudencia, pondrán en juego la habilidad del Führer para llevar a feliz término una azarosa empresa guerrera. Ciertamente es que en agosto habrá predominado la prudencia de Virgo, pero esta prudencia se habrá desvanecido al final de este mes. Cuando la luna de Hitler atraviese la zona de Libra, en el mes de septiembre, Hitler tratará de unificar al pueblo alemán, aunque hay peligros de que en el año de 1939, el planeta de Plutón, sumado al tránsito de Saturno sobre el Sol, le impulsen a intentar una guerra grandiosa en la que el Enviado alcanzará el máximo de su poderío; pero en febrero del año 1940 Saturno efectuará el pasaje de su eclipse, y el Führer deberá combatir reciamente contra poderosísimas influencias negativas.”

¿Se equivocó Hanussen? El tiempo lo dirá. Pero no olvidemos que su horóscopo coincide con el de madame de Thebes, que indicó el año 1939 como el de la culminación de Hitler y crepúsculo de Mussolini. €

El destructor de ciudades*

Aquel hombre caminaba por una alfombra de hojas secas que crujían bajo sus pies, mientras que sobre su cabeza, colgados de las ramas de verticales torbellinos verdes, ladraban, con inverosímiles voces, achocolatados cuadrumanos de cuartos traseros escarlatas.

A veces, como la flámula de un incendio, cruzaba el espacio un papagayo de plumaje rojo, y entonces el hombre, pasándose un pañuelo por debajo de la visera de su casco de corcho, respiraba profundamente y continuaba avanzando. Una cantimplora colgada de su cinturón. No muy lejos, si uno ponía un poco de atención, podía escucharse el petardear del motor de una lancha que venía siguiendo la orilla del Amazonas.

De pronto el sendero se ensanchó: los mástiles de los grandes árboles se desviaron del camino, y un espectáculo inesperado se presentó a los ojos de nuestro hombre:

En un gran claro cubierto de hierbas se veía una ciudad. Una ciudad con calles cuya pavimentación había reventado la presión subterránea de las raíces; una ciudad cuyos frontispicios de piedra se desmoronaban enredados por los tentáculos de lianas monstruosas. Más allá, un teatro circular como un circo o una plaza de toros, mostraba su techo desmoronado, sus fustes ceñidos de hojas.

Nuestro hombre continuó caminando, el fusil bajo el brazo.

Dejó atrás algunas callejuelas vacías de seres humanos y entró en una calle principal, si podía llamarse calle principal a esa avenida donde todo género de arbustos tropicales bifurcaban sus ramas hasta en el interior de las vitrinas

desmoronadas de comercios magníficos que habían sido. Y el explorador entró a amplios salones desiertos, donde estanterías semiderruidas, y convertidas ahora en pérgolas de enredaderas silvestres, pregonaban bien elocuentemente el macabro destino de la ciudad desierta.

Y como continuara caminando, a la vuelta de una calle descubrió el teatro de la ciudad, y con paso firme entró a su peristilo, donde un amarillento gato montés, que dormitaba al sol, desapareció con grandes saltos, y cruzando sus arcos erectos bajo el cielo celeste se detuvo en la platea, y allí, sobre un piso de trozos de madera podrida, vio florecer orquídeas comunes. Levantó su mirada al curvo antepecho de los palcos, desde cuyos agrietados esqueletos colgaban los pedúnculos de voracísimas hiedras, y del escenario cubierto de escombros afelpados por un tapiz de musgo, vio deslizarse, hacia su agujero, la escamosa cinta de un crótalo amarillo.

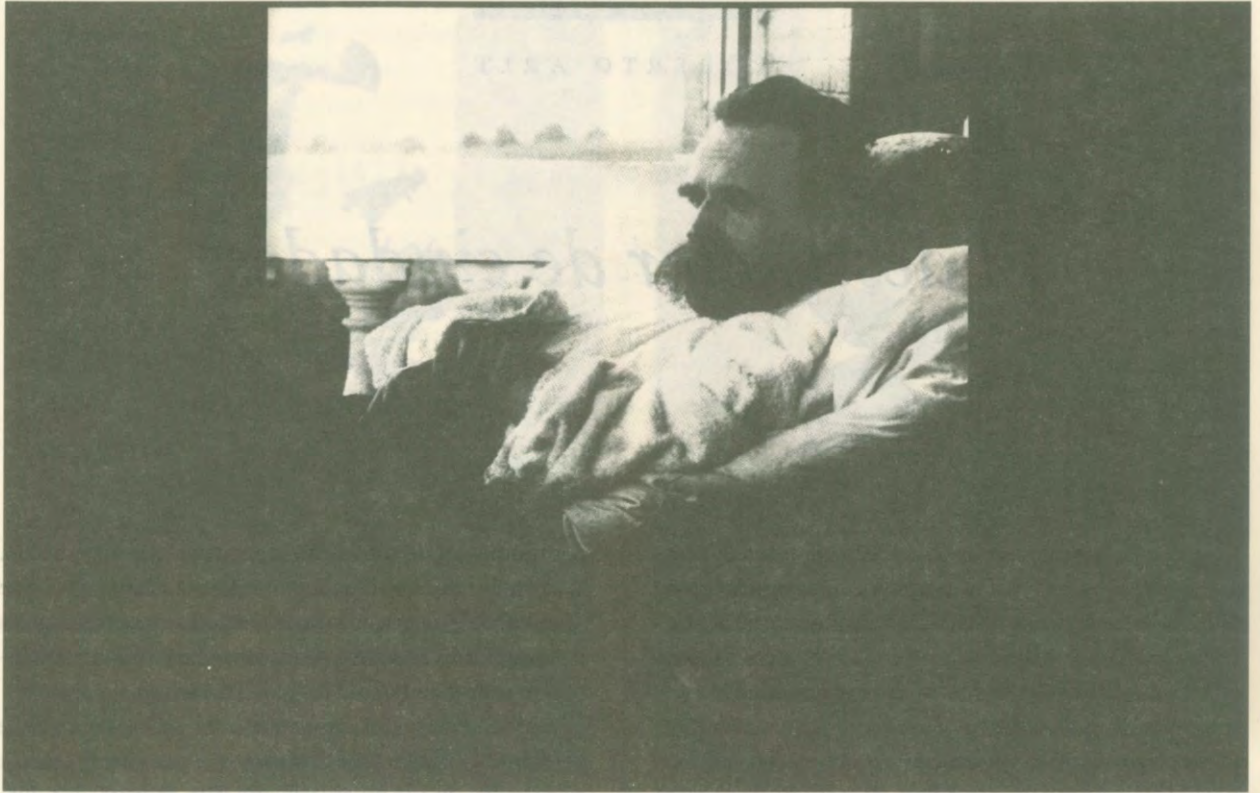
Y entonces nuestro hombre, en medio del teatro invadido por la selva, murmuró:

—Esta es la obra de Sir Henry Wickham, muerto el 27 de septiembre del año 1928.

Inglaterra ama e inmortaliza a sus héroes.

Si usted toma el volumen 23 de la Enciclopedia Británica y lo abre en la página 589, descubrirá diez centímetros de preclara prosa dedicados a la memoria de este *pioneer* y espía al servicio del Imperio, cuya obra máxima consistió en haber destruido el monopolio del caucho brasileño. En el año de 1872 Sir Henry, que había recorrido en todas direcciones el territorio brasileño, publicó un grueso volumen titulado *A Journey through the Wilderness*. El libro interesó en Inglaterra, y un alto empleado, de no sé qué *office*, se comunicó con el explorador. Sentados frente a un cuadrado frasco de whisky, cruzados de piernas en unos

* Publicada en *El Nacional* (México, D.F.), el 22 de mayo de 1939, reproducción de *El Mundo* (Buenos Aires), 21 de abril de 1939.



esterillados sillones, cambiaron estas aproximadas palabras:

Alto empleado. —Si usted consiguiera semillas de la *Hevea braziliensis* le haría un gran servicio al Imperio.

Sir Henry. —El robo de plantas o semillas de *heveas* está condenado con la muerte. Un círculo de hierro protege el cauchal brasileño. Pero no se dirá que no hemos probado.

Después de esta conversación, Sir Henry desapareció. Ni la embajada inglesa en el Brasil tuvo noticias de que un inglés había entrado clandestinamente al territorio. Cruza la selva, elude las fieras, vive largas jornadas ocultamente, siempre al acecho, soslayando los posibles ataques de los indígenas, la vigilancia de la policía negra de las fazendas, siempre atento a una sola idea: "... le hará usted un gran servicio al Imperio".

Finalmente, en un rancho, consigue apropiarse de un puñado de semillas. Empaqueta cuidadosamente su tesoro y nuevamente cruza la selva. Ahora el peligro es mayor. Si la policía del monopolio, o la del Estado, llegan a detenerle, está perdido. Morirá sin que nunca en Inglaterra sepan cómo desapareció. Finalmente llega a la Guayana Inglesa; es un zaparrastroso aventurero más; nadie, al verle con sus botas destrozadas, su rojizo collar de barba, el traje hecho harapos, se puede

imaginar que ese hombre, bajo su horrible camiseta sucia, oculta la destrucción de uno de los más potentes monopolios del mundo.

Cuando llega a Londres, las semillas que ha traído del infierno verde son sembradas en los invernaderos de cristal de Kew Gardens. Y pocos años después, la *hevea braziliensis* es distribuida a todos los plantadores de caucho de las colonias y dominios. Una vez más Inglaterra ha vencido. El monopolio del caucho se desmorona, las ciudades magníficas, que habían surgido en la selva bajo la presión de su actividad, se hunden, se despueblan, se olvidan... Sir Henry Wickham es el responsable. Su gobierno le colma de honores, de títulos. En 1911 las asociaciones del caucho en Londres le regalan 1000 guineas.

Sir Henry, siempre para mayor gloria del Imperio, sale a explorar otras zonas de la tierra. Va y vuelve; va y vuelve, y cuando se detiene en Londres se le puede ver en su club, sentado melancólicamente frente a un porrón de ginebra, conversando con Rudyard Kipling, que le trata, le escucha y le admira.

Éste es el hombre de quien, hace pocos días, en Ceilán, cultivadores de caucho descubrieron una estatua.

Pero si vais a Brasil no lo nombréis. €

Sus mejores versos

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE FRANCISCO A. DE ICAZA

En lo que es probablemente la primera edición de los poemas de Nietzsche en español el escritor y diplomático Francisco A. de Icaza publicó su pionera versión de los versos del filósofo alemán en una pequeña y hoy inencontrable edición en la Editorial Tartessos en Barcelona, España, texto que se reproduce a continuación.

I

NUNCA las literaturas germánicas estuvieron en tan manifiesta decadencia como durante la época que precede y sigue inmediatamente a la guerra franco-alemana del 70. No ya porque los más grandes poetas hubieran desaparecido, sino porque los nuevos, o los que sobrevivían, guardaban una prudente reserva, temerosos de no ser escuchados. Muchos de aquellos a quienes la revisión de valores de ayer asigna el puesto de precursores y maestros de la lírica germánica de hoy —Moerike, Keller, Meyer, Storm—, menos conocidos todavía fuera de su propio país de lo que merecen, e ignorados en los pueblos de lengua española, ya entonces habían producido, en medio de la general indiferencia, algunas de sus obras recogidas después con aplauso.

Lo que triunfaba y privaba por aquel tiempo eran las supercherías melosas de Bodenstdt que, recordando la boga del *Diván Oriental*, de Goethe, fingía poemas traducidos del persa. A esos pastiches exóticos, como el del fingido Mirza-Schaffy, fue siempre propicio el vulgo letrado alemán.

El hallazgo imprevisto en una librería de viejo de algún ejemplar de aquellas ediciones en papel lustroso, empastadas con telas de colores vivos y adornadas de cantos dorados, con aspecto en todo de libros de premio —el autor quería sin duda premiar de antemano la paciencia de sus lectores—, me produce un sopor de anestésico que no puede causarme la peor de las obras escritas en otra lengua, ni las novelas de las literatas inglesas, aunque parezca imposible.

El teatro había llegado a tal rebajamiento, que el único lucrativo era el de la proverbial Carlota Birch-Pfeiffer —lugar común de la sátira berlinesa—, que, según la frase de un revistero de entonces, hacía calceta teatral de cuanto novelón caía en sus manos. Los Prutz y Redwitz, que nunca fueron gran cosa y además habían degenerado, predicaban su moral dulzona. El soporífero *Gartenlaube*, que vive todavía con vilipendio, era, según las crónicas, el periódico literario que iba de mano en mano.

En ese medio apareció Nietzsche. Hay que recordarlo, para convencerse de que no exageraba al escribir a la señorita Von Meysenburg: “El azar quiso, por mi desgracia, que fuera yo contemporáneo de un empobrecimiento del alma alemana tan desolador que causa lástima”.

Y, a pesar de todo, fue Nietzsche el más vigoroso artista del verso y de la oratoria apasionada —las dos formas revolucionarias del verbo, según Goethe—, y verdadero innovador, no en aquel paréntesis de cansancio, lo que habría sido poco, sino en el reverdecer primaveral que vino después, con la poesía-movimiento en Liliencron, meditación en Dehmel, metamorfosis panteística en Wille y en Falke, y tradición renovada del genio de la canción germánica en muchos otros, de Flaischlen a Dauthendey. Porque Nietzsche, a pesar de su restringida producción poética, es quizá entre los grandes poetas alemanes de estos últimos tiempos el único que tiene cualidades de universalidad.

II

Conocido en los países latinos a través de versiones y comentarios franceses, pasa Nietzsche en España y en la América española por un extraño filósofo, apóstol de

la voluntad y de la fuerza. En Alemania es, ante todo —casi me atreveré a decir que es solamente—, un poeta excepcional y un extraordinario estilista; pensador profundo, claro está, como lo fueron todos los grandes poetas.

Este doble concepto de la personalidad nietzscheana se explica perfectamente. La vida del desventurado escritor, para quienes la vieron y conocieron de cerca, no puede prestarse al ejemplo filosófico, y no fue, en suma —jironías de la realidad!—, sino la réplica puesta trágicamente en acción a la más inhumana de sus paradojas. ¿Qué habría sido de él, desde su mocedad enfermiza hasta su desesperada agonía, si las virtudes que imaginaba debilidades cristianas no se hubieran ejercitado recientemente en su consuelo y auxilio? Según sus teorías no tuvo derecho a la vida: enfermo crónico, enajenado furioso a veces, no debió perturbar con sus dolores la existencia tranquila y fuerte de los sanos.

El genio inhumano de Nietzsche era todo lo contrario del superhombre que él imaginó. Su enfermedad misma le hace irresponsable de sus ingratitudes para con su tiempo, su patria y sus íntimos.

III

El arte de Nietzsche convierte en materia poética lo que para otros fue y sigue siendo, estudio árido, disciplina ardua. Hubo en todo tiempo quien, echando mano de la vulgar retórica, trató de poetizar las ciencias más abstrusas, y hasta de versificar la técnica más prosaica; pero en este caso no se trata de esa superposición, tan empalagosa o desagradable como las sustancias con que la farmacopea envuelve y endulza las drogas repulsivas para hacerlas pasar por los paladares refractarios u hostiles.

La transformación que Nietzsche lleva a las materias científicas y literarias que toca, es fundamental: a la vez, del asunto y de la manera de exponerlo. Para darse cuenta de ello no hay sino recordar cómo aborda en la universidad de Basilea sus enseñanzas de filología clásica.

“La filología —dice— no es ni una Musa ni una Gracia; es mensajera de los dioses. Del propio modo que las Musas descendieron un día hasta el alma inquieta y turbada de los campesinos de Beocia, viene a visitar este mundo de ahora, lleno de sombras, de imágenes fúnebres y de incurables dolores, y nos trae el mito consolador de las divinidades luminosas que habitaron en la azul lejanía de aquella tierra feliz.”

Para Nietzsche la filología, en su más amplio concepto, importa “a la historia, porque busca la idiosincrasia del pueblo a través de las manifestaciones diversas de su genio; a la estética, porque de todas las antigüedades prefiere la antigüedad clásica como tipo ideal de belleza, y, por último, a las ciencias naturales, porque penetra en lo más profundo del instinto: el lenguaje”. Por el encadenamiento de estos estudios, quiere Nietzsche investigar cómo los pueblos que más se han distinguido en el pensamiento y en la acción resolvieron el problema de la existencia, o —según sus palabras— “soportaron el dolor de vivir”. Nietzsche piensa que “el ideal germánico no es quizá sino la flor maravillosa nacida del ardiente amor que el hombre del Norte tiene al Mediodía”. Hay que leer en lengua original aquel discurso del poeta. Con justicia pudo sentirse satisfecho Nietzsche de su prosa, y compararla, dentro de la evolución de los tiempos, con la que él tenía por mejor, más eficaz y más clara: la de Lutero.

Pero, si Nietzsche es un gran poeta en prosa, lo es ante todo y sobre todo en verso. Que este concepto, como venido de quienes pueden conocerlo mejor, es el atinado y verdadero, lo prueban, además de las razones expuestas, la opinión que el poeta tenía de sí mismo y sus propias obras. Porque la lírica de Nietzsche, dispersa en su producción entera e interrumpida durante largos periodos, ocupa, no obstante, una de las cumbres de su obra total.

Razón tenía cuando, al hacer con clarividencia enfermiza, quizá por eso más aguda, una sincera introspección, escribía a su amigo Edwing Rohde: “Soy poeta hasta los más remotos límites de la palabra. Poeta, aunque me haya tiranizado con lo más opuesto a la poesía”. Y como el movimiento se prueba andando, compuso al propio tiempo los versos que he tratado de interpretar en nuestra lengua.

Conviéneme desde luego decir que estos versos míos no pueden llamarse estrictamente traducción, en el sentido vulgar de la palabra: “Mi estilo —decía Nietzsche— es una danza, un juego de simetrías de todas clases y un saltar y burlar estas mismas simetrías. Llega hasta la elección de vocales”. La obra de un poeta de ese género, lacónico, profundo, y artífice del verbo; y que se expresa en lengua de índole tan distinta a nuestra lengua, es intraducible; como no se haga labor personal, en la que coincidan el sentido, el sentimiento y, si se puede, la forma de expresión rítmica, sin apegarse a la verbal. Ese ha sido mi intento al trasladar al castellano los mejores versos de Nietzsche —o, por lo menos, los que yo tengo por tales—, y que a través de mi versión presumo han de interesar a los lectores de Nietzsche y a los míos.

Bromas, ardides y venganzas

CONVITE

Probad mis platos, señores;
comiendo abriréis la gana
y os parecerán mañana
mejores.

Repetid, os aconsejo
que mezcléis con apetito
lo reciente con lo añejo;
os invito.

MI VENTURA

Ayer me cansó buscar;
hoy encuentro;
y cuando el viento me azota
sé navegar contra el viento.

COLOQUIO

¿Estuve enfermo? ¿He sanado?
¿Y quién mi médico ha sido?
¡Ah!, si todo lo he olvidado,
mi médico fué el olvido.

DISCRECIÓN VULGAR

Ni quedes en la llanura,
ni ascendas hasta la cima;

a la mitad de la altura
del mundo, mejor se estima
la hermosura.

VADEMECUM VADETECUM

Si mi espíritu te atrae
y te place
y quieres ser de los míos
—no sólo con las palabras—,
síguete a ti mismo.
Calma, mucha calma.

HABLA EL PROVERBIO

Sencillo y raro, dulce y severo,
pulcro y astroso, fino y grosero,
ser todo quiero.
Y que se cuente:
hombre viviente
fué, loco y cuerdo;
era paloma, era serpiente
y, a veces, cerdo.

SENTENCIA DEL HOMBRE FUERTE

Ni súplicas, ni lloros;
lo que te falte, tómallo.

HACIA LAS CIMAS

—¿Cómo ascender? ¿Qué haces cuando asciendes?
—Sube, sube y no pienses.

HERRUMBRE

“¡Es tan mozo!”, decían
al ver brillar tu espada:
¡sin verla enmohecida
no estimarán el arma!

ALMAS ESTRECHAS

Odio las almas estrechas,
sin bálsamo ni veneno,
hechas
sin nada malo ni bueno.

EL SEDUCTOR INVOLUNTARIO

Por pasar el tiempo
le dijo un requiebro,
y cayó en sus brazos
por pasar el tiempo.

CONTRA LA VANIDAD

No te hinchas; ten en cuenta,
que, al que se hincha,
si alguien lo pincha
lo revienta.

RUEGO

Conozco el alma de muchos,
pero conocerme intento
y de tan cerca me miro
que ya no soy el que veo.
A la distancia propicia
quisiera verme de nuevo:
mi enemigo está muy cerca,
mi mejor amigo, lejos;

entre los dos hay un sitio,
meditad lo que pretendo.

¡SIN SENDEROS!

—Aquí termina la senda;
vas al borde del abismo:
¡adelante...! —¡Si no puedo!
—Ten audacia y fe en ti mismo.
¡Ay de ti, si tienes miedo!

EL SANTO ENMASCARADO

Cuando hablo
para no cansarte, amigo,
con las cosas que te digo
me pongo disfraz de diablo;
mas no me sirve de nada
el diabólico disfraz,
la bondad de la mirada
no la cubre el antifaz.

EL PRÓJIMO

Quien del prójimo se fie
un guía a su lado aguante:
yo voy solo; que me guíe
quien quiera, pero delante.

EL LIBERTO

Me detengo y escucho
el latir de mis venas:
su rumor me ha engañado;
pensaba oír cadenas.
¿Qué mucho,
si estuve encadenado!

EN VERANO

“Hay que comer nuestro pan
con el sudor de la frente”,
te dirán.
¿Sudando? ¿Qué desatino!
¡Vaya un consejo imprudente!

Con el sudor de la frente
hay que beber nuestro vino.

CONSEJO

De mi consejo haz memoria:
renuncia a la vanidad,
si es que aspiras a la gloria
de verdad.

LOS MUY SUTILES

Entran mejor de puntillas que
[a gatas;
por el ojo de la llave y no por la
[puerta franca.

COMPLETAMENTE

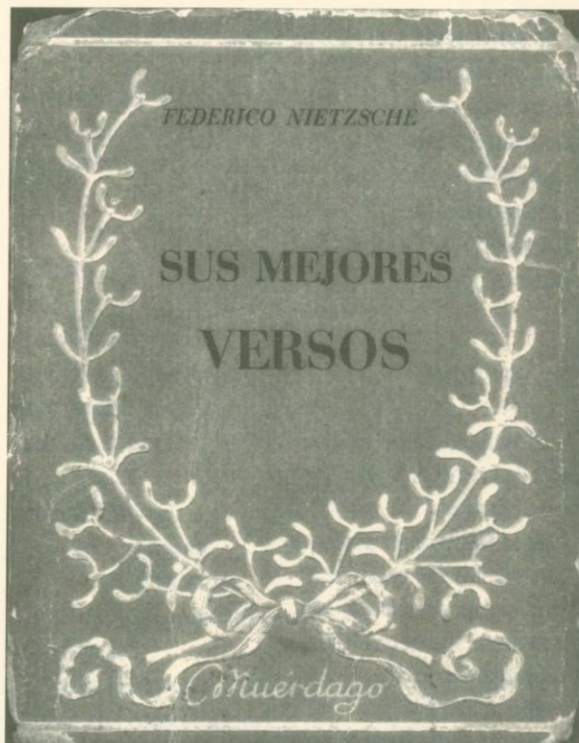
¿Investigar? ¿Cómo, cuándo?
Al peso
del libro impreso
van arrastrando su vida,
y cayendo y levantando
hasta la última caída.

SIEMPRE

El que ha de llegar, llega, por-
[que puede
y porque le place,
y nada le importa que diga la
[gente
si es temprano o tarde.

MI PLUMA NO CORRE...

Mi pluma no corre, salta.
Voy escribiendo a pedazos;
y, aunque escribo a grandes tra-
cada rasgo es una falta. [zos,
En cambio, lo que concibo
de un modo que no se usa,



¿con qué claridad transcribo!
Al que leerme rehusa
¿qué más le da si es confusa
la letra con que lo escribo?

ECCE HOMO

Soy la llama, soy la llama,
y al alumbrar me consumo,
y lo que toco se inflama,
y queda ceniza y humo.
¡Soy la llama, soy la llama!

CANTOS Y SENTENCIAS

CANCIÓN Y SENTENCIA

Las canciones son
el ritmo inicial,
la idea hecha música,
la rima final:
las canciones son
verbo musical.

Las sentencias son
la idea inicial,
la música oculta
de manera tal
que sólo resalte
la idea triunfal.
Canción y sentencia
oíd por igual.

EL VIAJERO

El viajero va de noche
por las sendas
ondulantes
que la llanura atraviesan.
Sin vacilar las recorre:
una sigue, otra deja,
y avanza sin detenerse.
La noche es bella:
¿sabe acaso
adónde el sendero lleva?

Un ave canta en la sombra
sus penas.

“¡Pájaro, pájaro! —dice—.

¿Por qué llamas y te quejas,
deslizando en mis oídos
el dulzor de tu tristeza,
y mi espíritu suspendes,
y logras que me detenga
a escucharte?”

El ave tras una pausa contesta:

«No, viajero, no te llamo;
llamo a la avecilla hembra,
¡que la noche no es hermosa
sin ella!

Sigue el camino, ¿qué aguardas?

¿Por qué mi cantar te apena?

Y el ave se calla

y piensa:

“¿Por qué mi canto de flauta
le produjo tal tristeza?

¿Por qué el pobre peregrino
todavía espera?”

HABLA EL SOLITARIO

Tener ideas es ser el amo,
hacerse ideas es ser esclavo:

Editorial
TARTESSOS

Condal, 32 - Barcelona

Talleres Gráficos Vicente Ferrer - Barcelona

quien tiene ideas
se sirve de ellas.

ENIGMA

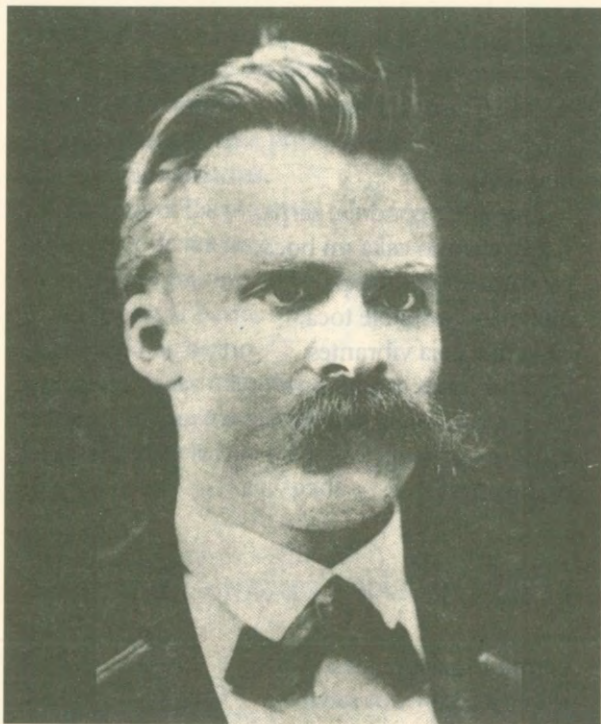
Adivinad el enigma
que en mis palabras se encierra:
sólo el hombre descubre,
la mujer inventa.

DECISIÓN

Porque me place he de ser
[cuerto,
no porque otros me inviten a pa-
y alabo al cielo [reerlo;
de haber poblado el mundo de
[tanto necio.

Si avanzo en mi camino
dando rodeos, es porque pienso
que mudando opiniones
acaba el loco y empieza el cuer-

[do.



PARA TODOS LOS CREADORES

El mundo no se está quedo;
a la noche sigue el día:
si el "yo quiero" suena bien, el
suena mejor todavía. ["yo puedo"]

EL HUMO

El humo es algo, dice el árabe.
Es cierto;
el humo en el camino
es anuncio de un techo,
abrigo hospitalario
del peregrino hambriento
que, al llegar, sólo encuentra
una tapia cerrada, tras la que la-
[dra un perro.

EL PINO Y EL RAYO

Creí más que hombres y bes-
[tias;
nadie responde si hablo.

¿Qué espero entonces, qué es-
[pero,
si estoy tan erguido y alto?:
las nubes casi me tocan
y ya sólo espero el rayo.

EN EL CAMPOSANTO DE STAGLIENO

Chiquilla que del cordero
peñas el suave vellón
y en quien la dulce mirada
luz y llamarada

son.

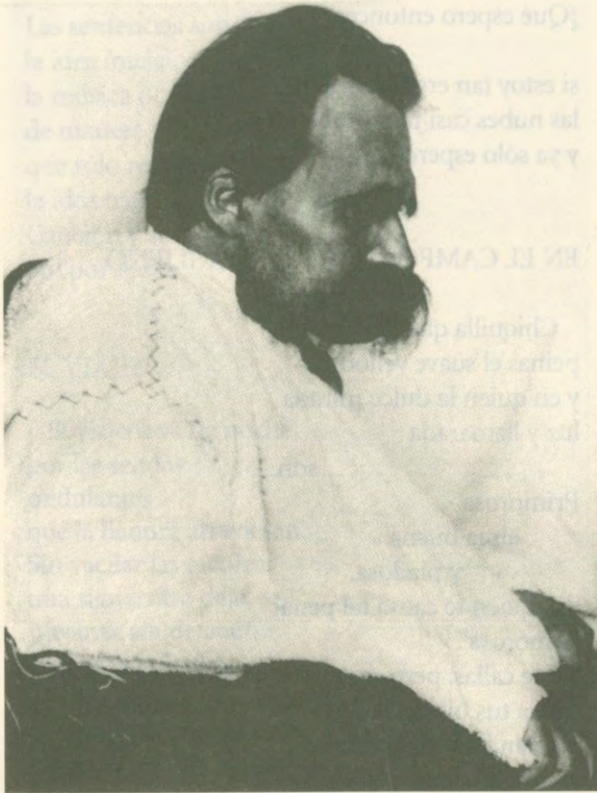
Primorosa
alma buena
y piadosa,
di, ¿quién te causa tal pena?
"Amorosa".

Tú te callas; pero, en tanto,
nubla tus ojos el llanto.
¿Quién ha roto la cadena,
si tú le amabas? ¿Quién osa
matarte así de la pena?
"Amorosa".

ENTRE ENEMIGOS

(Según el proverbio gitano)

El patíbulo, la cuerda,
el verdugo y, además,
con mirada venenosa,
el pueblo. ¡Si lo sé ya!
No ignoran los de mi raza
por qué me queréis colgar;
por eso os grité riendo:
"¿Morir? ¡Si soy inmortal!
Vosotros, que sois mendigos
miserables, ¡me envidiáis!
Pero lo que yo poseo
no habréis de tener jamás.
Es verdad que peno y sufro.
¿Voy a negarlo?; es verdad;
pero moriréis vosotros,
aunque cien años viváis,
yo soy alma y soy aliento
y luz. ¿Me queréis matar?



Y no he de morir, ¡Imbéciles!
 ¿Morir? ¿Si soy inmortal!"

EL ÁRBOL EN OTOÑO

¡Cómo me habéis sacudido,
 [bárbaros!
 A mí, que vivía ciegamente bien-
 [hadado:
 vuestra sacudida ahuyentó mis
 mis sueños volaron. [pájaros,
 ¡Bestias golosas, con palos
 habéis sacudido mis brazos
 que en su temblor os arrojaron
 a la cabeza los frutos dorados!

VENECIA

Acodado sobre el puente,
 de faz a la noche bruna,
 oigo una canción doliente,
 mientras deja en la corriente

gotas de plata la luna,
 y se funden a lo lejos,
 en los términos distantes,
 música, luz y reflejos
 ondulantes.

Tomo una góndola, zarpa,
 y, aun cuando calla mi boca,
 mi corazón es un arpa
 que mano invisible toca,
 en la que deja vibrantes
 las emociones cambiantes
 en que júntese a lo lejos
 música, luz y reflejos
 ondulantes.

LA PALABRA

Amo la palabra viva,
 la que a recibirnos salta;
 la que amable nos consuela
 y sonríe en la desgracia.
 La que en los oídos sordos
 llama.

La plétórica y sanguínea,
 a la vez que delicada;
 la que enfermiza parece
 y es sana.

La leve, la fugitiva,
 cuyas alas
 los dedos rudos no tocan,
 sino aplastan.

¡Ah, los seres despiadados
 que destrozan las palabras!

¡Ah, los ogros, que sólo al ver-
 las matan! [las

Esos seres repugnantes,
 ¡malhayan!

EL GAI SABER

Este libro no es libro, ¡qué te
 [importan los libros!

Son féretros, mortajas...

El pasado es la presa de los li-
 [bros;

en ellos del presente no hay nada.

Este libro no es libro, ¡qué te
 [importan los libros!
 Son féretros, mortajas...
 Es una voluntad, una promesa
 que corta las amarras.
 Es un romper los puentes,
 es un levar de anclas,
 es un viento marino,
 es del timón la barra,
 el penacho de humo
 y el ruido de las máquinas;
 es el cañón que truena:
 es un reirse de la mar encres-

Pues bien, es un libro
 SÍMBOLOS, IMÁGENES Y RAZONAMIENTOS
 porque al mirar el abismo,
 esfinge, que se mueve
 DESDE LO ALTO

Acostumbrado a las cimas,
 no miro en alto;
 todos los que bendicen
 ven hacia abajo.

¡Jurame esol
 ESPARCELAS
 Sopla, viento,
 sopla
 de todos los fuegos
 las escorias.

YA TODO LO DI
 Ya todo lo di,
 no me queda nada
 de cuanto yo tuve:
 ¡sólo tú, esperanza!

IDOLATRÍA
 HASTA EL LOBO
 ¡Derribar los ídolos?
 ¡Ah!, la idolatría derriba en ti
 [mismo.



Mariana Ruiz V.

¡Ay, amigos míos,
 ya no sé del bien si los hombres
 ya no soy ingenua!

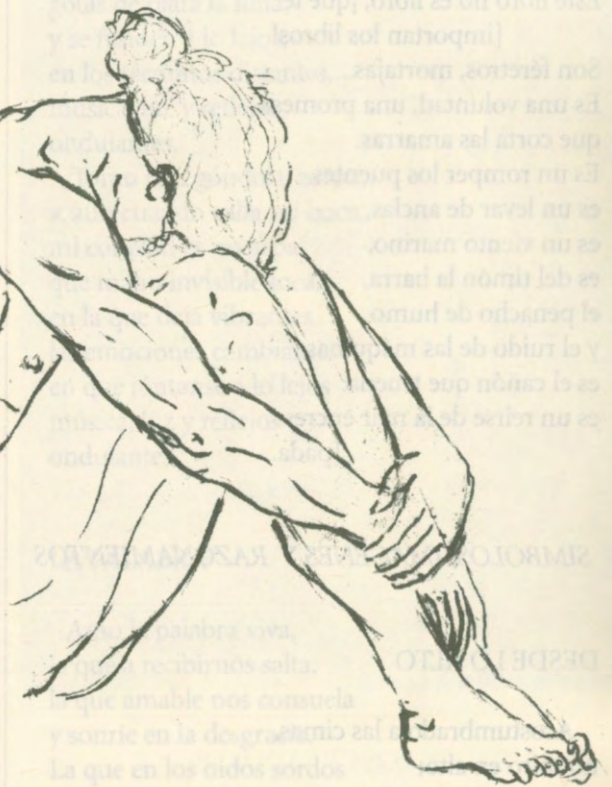
MI UNIVERSO
 Lo formé de nuevo;
 con ruinas de estrellas hice mi
 [universo.

VERDADES PREMATURAS
 Verdades que las sonrisas
 de los cielos no doraron...
 ¡Verdes y prematuras verdades
 caídas, antes de tiempo, del ár-
 [bol!

COMO RELÁMPAGO
 Mi claridad, como un relámpa-
 [go,
 con su espada de diamante
 todas las oscuridades ha rasga-
 [do.



Mariana Ruiz V.



ALIVIO

En una beldad de piedra
mi corazón ardoroso se refresca.

AVANCE

La vida se crea
un supremo obstáculo
en los pensamientos del pasado;
pero lo franquea
de un salto:
y yo, en la idea,
a lo porvenir me adelanto.

QUIERO

Quiero lo que debo:
para mí el deber no existe;
sólo el "quiero".

DE LAVA

Mi pensamiento es candente
¡levantad murallas, [lava:
cercadlo de leyes, a ver si se
[apaga!

ARDIDES

Triunfa quien engaña:
en la guerra es todo,
no cota de malla,
sino piel de zorro.

COMBATIENDO

Esta fue mi vida:
allí donde hay guerra
soy de la partida,
broto de la tierra.

MI PECADO

En otros tiempos fue impío
rasgar el seno a la tierra
para buscar un tesoro:
ese pecado es el mío,
el ser buscador de oro.

ESFINGE

Implacable, tú, me acechas,
como mi curiosidad;
con tus preguntas me estre-
[chas...
Pues bien, esfinge, habla ya.
Algo de común nos toca,
porque al sondar el abismo,
esfinge, quizá yo mismo
soy quien hablo por tu boca.

JÚRALO

Yo soy de aquellos
a quien se presta juramento:
¡Júrame eso!

OFUSCADO

Como un vaho
mi espejo interior ha empañado.

EL APOYO DEL FUERTE

Su piedad es dura;
su abrazo aplasta:
no busquéis el apoyo del fuerte;
no estrechéis jamás la mano ti-
[tánica.

HASTA EL LOBO

Hasta el lobo testimonió en mi
[favor:

“Aúlla como nosotros (dijo), y,
[a veces, mejor.”

EN TENSIÓN

Temedme, Temedme; tendido
[está el arco.
¡Pobres de vosotros, si alguien
[pone el dardo;

CON FRASES

¿Sabes lo que soy?
Un juglar de frases;
¿Qué importan las frases,
qué te importo yo?

¡AY, AMIGOS MÍOS!

¡Ay, amigos míos,
ya no sé del bien ni los hombres
ya no soy ingenuo! [buenos;
Árboles y plantas,
bendición y calma
son lo que apetezco.

CONSUELO

“El hombre es malo”:
para mi consuelo lo dicen los sa-
[bios.

SON SUS PERFECCIONES

No son sus pecados ni son sus
[locuras:
son sus perfecciones las que me
[torturan.

ENTRE PIGMEOS

Gentecillas,
familiares, de alma abierta

y de costumbres sencillas,
hay que ponerse en cuclillas
para entrar por vuestra puerta.

¿Cómo cumplir mis deseos
de visitaros? No sé,
que la costumbre olvidé
de vivir entre pigmeos.

ÉPOCAS

Hombres superiores hubo,
y épocas sabias,
y épocas pensativas;
porque la historia del mundo es
[larga.

La de hoy, la nuestra,
es mujer histérica
que escandaliza y los platos quie-
[bra;
dejadla que grite y rompa la
[mesa.

¡DESPRECIAR!

Necio, necio,
que la palabra desprecio
pronuncias,
y no desprecias; renuncias.

DILEMA

Para que el yugo se afloje
del humano dolor
sólo hay un medio: escoge
entre una muerte súbita y un
[largo amor.

OBJECCIÓN

—La más grave objeción os he
[ocultado:
mi vida es enojosa.

—Pues córtala de golpe despia-
[dado,

a ver si entonces te parece her-
[mosa.

¿QUÉ HACER?

Ama la vida, afróntala,
porque, buena o mala, no tene-
[mos otra.

UN VELO

El más hermoso cuerpo
es sólo un velo
que, pudoroso, oculta
algo más bello.

LA SOLEDAD

La soledad no planta;
la soledad cultiva y cosecha,
contando con que el sol amigo
quiera.

HAY QUE VOLVER

Hay que volver a la muche-
[dumbre;
su contacto endurece y pule.
La soledad ablanda, corrompe
y pudre.

RAZONAR LA SINRAZÓN

Desvaría
quien pretende razonar la sinra-
[zón de la vida.

AL AUDAZ

Al audaz no le adviertas
ni le detengas,
porque se despeña.



Mariana Ruiz V.

EL LASTRE

Si quieres elevarte
ten por mote y empresa
ejercitar el arte
divino de olvidar.

Si un recuerdo te pesa
como lastre estorboso,
echa el lastre enojoso
de tu recuerdo al mar.

PERMISO

Lo que no tenemos y nos hace
[falta
podemos robarlo: yo he robado
[un alma.

LO IRREFUTABLE

¡Por ser irrefutable ha de ser
¡Necio, necio! [verdadero?

OLAS CAPRICIOSAS

¡Olas caprichosas
y encolerizadas,
mi remo os azota,
y adonde yo quiera llevaréis mi
[barca:
al triunfo, a la gloria!

PARA HERIR

¿Quieres coger espinas?
¡Imprudente! ¿No sabes
que desgarran los dedos?
Sírverte de puñales.

CÁRCELES

Cuartos oscuros, cárceles
de corazones estrechos,
¿qué sabéis de libertades de pen-
[samiento?

COMO MUJERES

¿Sois acaso mujeres
para querer
a quien os haga padecer?

EN EL COFRE

Almas mezquinas,
almas de horteras,
almas guardadas con llave
entre los cuartos grasientos en
[el cajón de la tienda.

COMPRIMIDOS

Corazón mezquino –inútil,
como su mezquino ingenio–,
y encerrado y comprimido
en la cajita del pecho.

SU FRIALDAD

Su frialdad se ha fijado en mi
[recuerdo;
era tan fría, ¡tan fría!,
que al estrecharla en mi pecho
su corazón no latía.

VEJECES

Sabios de las cosas viejas,
seguid viviendo entre féretros.
Es vuestro amor al pasado
amor de sepulturero;
es atentado a la vida
querer vivir de recuerdos.
Sabios de las cosas viejas,
seguid viviendo entre féretros...

A TU ENEMIGO

Ama a tu enemigo, deja que
[te roben:
la mujer lo escucha y hace lo
[que oye.

PARECIDO

Al cangrejo se parecen:
cuando lo coges, te muerde;
si lo dejas, retrocede.

AIRADO

El mar cruje los dientes;
el cielo es todo llamas;
las olas iracundas
nos escupen la cara.

DE NOCHE

Cuando el día, cansado,
quiere dejar de serlo,



Mariana Ruiz V.

y se encauzan palpitando
las corrientes del deseo
y bajo su pabellón de sombra
y oro y silencio
al espíritu "reposa"
le dice el cielo:
"¿Qué te persigue e inquieta
como mal herido ciervo,
corazón? ¿Por qué golpeas?
¿Por qué no descansas, cuerpo?"

SIN SABERLO

Si quieres catequizarlos,
trátalos como a corderos:
"Habéis perdido el camino"
—les dirás, y dirán ellos—:
"¿Cómo, pero había un camino?
¡Y nosotros, sin saberlo!"

INTREPIDEZ

Ahonda profundamente
los manantiales internos:
a tus pies está la fuente.
Y que te hable la gente
de "los profundos infiernos".

EN MÍ MISMO

La ejercité conmigo:
conmigo
la piedad di al olvido.

SABIOS ESTIRADOS

Sabios de embeleco,
ya para mí en la vida todo es
[un juego.

CON TAL CERTIDUMBRE

¡Ah!, si la muerte es segura,
el no reír es locura.

EL VALIENTE

O todo, o nada:
la enemistad de una pieza,
no la amistad encolada.

MANOS PUERILES

Si eres frágil,
guárdate
de la mano grácil:
lo que en ella cae
se deshace.

PARODIANDO A GOETHE

Una mujer me decía
al despuntar la mañana:
“¡Si eres feliz en ayunas,
qué será si te emborrachas!”

LEYES NUEVAS

Cuando ya nadie se acuerda,
usando palabras viejas



Mariana Ruiz V.

se promulgan leyes nuevas,
y ahí, donde la vida se hiela,
un ley, póstuma, se inventa.

¡SOLO!

Y graznan los grajos; van a
[la ciudad,
vuelan y revuelan. Pronto va a
[nevar.

¡Ay, del infeliz sin patria ni ho-
[gar!
¡Ay, del aterido que mira hacia

[atrás
y ve lo perdido por su voluntad!
El mundo: un rincón, un techo,
[un portal...

Peregrino triste, ¡qué pálido es-
[tás!,
lo que tú perdiste nunca lo ha-
[llarás;

subes como el humo, porque al
[humo igual,
en cielos más fríos te disiparás.

Y los grajos graznan; van a la
[ciudad,
vuelan y revuelan. Pronto va a
[nevar.

¡Ay, del desdichado sin patria ni
[hogar,
que al fin ha logrado plena so-
[ledad! €

MANUEL CALVILLO, POETA

En *Poesía en movimiento*, la conocida antología preparada por Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, se llamaba la atención sobre un poeta entonces casi olvidado, Manuel Calvillo, autor de un inacabado *Libro del inmigrante*, del cual se publicaban los fragmentos hasta entonces conocidos. Su autor, eminente historiador, había dedicado a la lírica apenas algunos títulos, en especial su libro *Primera vigilia terrestre*, publicado en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica y de El Colegio de México en 1953. Casi treinta años después de la conocida antología su hijo Tomás Calvillo recopilaba en un delgado volumen la *Poesía 1940-1971* de este autor. Pero lo breve no impide que sea una de las más fascinantes de las creadas por una generación que tuvo como sino el silencio.

Calvillo nació en 1918, el mismo año que Alí Chumacero, otro poeta marcado por la brevedad, y forma generación con escritores como Jorge González Durán, Jorge Hernández Campos, Rubén Bonifaz Nuño, y los como él también potosinos, Antonio Peñalosa y Félix Dauajare. Se trata sin duda de un asombroso grupo de poetas que en su mayoría después de brillantes primeros libros tardaron mucho en publicar otro o de plano guardaron silencio. La lírica de Calvillo está marcada por la presencia de Contemporáneos, en especial por la de José Gorostiza y su *Muerte sin fin*, pero a la vez está enraizada en una factura del verso muy propia del siglo XIX, y de la activa vida cultural que San Luis Potosí tuvo durante ese periodo.

No obstante nada hay en ellos (el grupo potosino), y en especial en Calvillo, de poetas decimonónicos, al contrario, plantean una modernidad muy sólida, menos intelectual y vinculados a una forma de la mezcla tanto una expectativa propia de aquellos que vivieron volucionario en su infancia y universitarios— en los años

Primera vigilia terrestre es un texto que sigue cuando su autor lo dio a la imprenta, en de Alí Chumacero, en la que además debida a la pluma de Rubén Bonifaz Nuño, tan importante en los años en él viene desde su bautizado con cuidado, no sucesor. ¿Por qué no lo después de 1971? En el deja un leve resquicio sí lo siguió haciendo, pero margen de su trabajo coacción de este texto, tal ción de Tezontle, es una con lo que escribió tiene lugar en la lírica mexicana.

Actualmente El Colegio de México prepara, en coedición con El Colegio de San Luis, una nueva edición de su importante estudio *La República Mexicana, gestación y nacimiento*.



estando tan vivo como una cuidada edición, a cargo hay en la portada una viñeta faz Nuño. La meditación en Contemporáneos, pero que sano Othón, a quien ha encuentra aquí un digno siguió escribiendo Calvillo prólogo Tomás Calvillo abierto para suponer que como una minucia al mo historiador. La publicación apareció en la manera de mostrar que ganado un importante na de la segunda mitad del si-

glo de México prepara, en coedición con El Colegio de San Luis, una nueva edición de *República Mexicana, gestación y nacimiento*.

Primera vigilia terrestre

Los ríos todos van a la mar, y la mar
no se hinche; al lugar de donde los ríos
vinieron, allí tornan para correr de
nuevo.

Eclesiastés, I, 7.

¿He de cuajar aún, cual mazorca, he
de pulular de nuevo en fruto?
¿He de sembrar otra vez, acaso, mi
carne en mi padre y en mi madre?

Canto de Orfandad.

Versión del náhuatl por
Ángel M. Garibay K.

AMOR sensible,
me abandono a la clara permanencia
de tu luz cotidiana, en el misterio
de una savia al color que la redime
libre de toda incierta arquitectura
en la mecida rama;
y me abandono a la frescura líquida
de súbitos espejos en los cauces
y al cimbreante verde de los juncos
bíblicos y fluviales para siempre
—desnudos de doncellas todavía
ignoran su inocencia.
Sensible amor en la mirada
que nos entrega al mundo y que me abre
el aéreo camino de la nube,

cruzado de pueriles vuelos,
a la pereza azul del horizonte;
que puebla en luminosas armonías,
deleite de los años niños,
la misma tierra enjuta que me aguarda,
donde vive la rosa tiernamente
su frágil evidencia.

Sensible amor, nada tuyo me hiere
como destruir la ingenua certidumbre
de imágenes tan sólo en el silencio
de la sola mirada,
la del gozo amarillo de las mieses,
la de reflejos en pulidos ónicos,
la de apacible albura en el rebaño
y rubor bautismal a las orillas
de los bíblicos juncos,
y que preservó, ahora immaculada,
en el ocio fugaz de la poesía.

Y aquí en la imagen, transparencia sola
e insaciada presencia en los sentidos,
a veces
—refugio ya de sí, cauce de sueño—
era la voz su espejo mismo, puro,
música sola y tregua de los días
en que vive mi cuerpo devorado;
era el eco en la sombra, perseguido
y atrapado en el cielo inmarcesible
de su prestigio incógnito;
era el gentil discurso
de alada incertidumbre,
ámbito de esa angustia
que promueve catástrofes azules

y la ignominia cotidiana
de nuestro corazón insobornable.
Diría en ella:
*Sueño de un sueño yace la memoria
en su desnudo tacto y en la angustia
de una muerte inasible que me sueña
y crece ya en mis venas y en el tiempo
de una insensible, ausente flor violada.*

No sabría, lo sé,
ceñir a tal imagen este sueño,
el mío, que avasalla
insomnios de sus límites
y en el que ya, desnudas las palabras,
descubro a la vigilia una memoria
de aciagos testimonios
a la piedad terrestre sometidos.
Así mi sangre es ella, en el turbión
que nos subleva ahogándonos,
y en tanta muerte, entre nosotros muda,
abonando la tierra,
erguida en nuestros árboles
y a la sola esperanza
en este amor llagado de mi pueblo.

QUÉ IDIOMA o además sensible
descubre tu secreto, madre,
la ternura indecible de tu entraña
donde germina el grano
y las vetas de plata enmudecida
ahogan límpidas campanas,
donde los ríos subterráneos
de sigilosos peces y aguas túmidas
urden y erigen manantiales,
donde los pétreos árboles maduran
su incorruptible fruto de diamante
y su presentimiento el ópalos
de fatal inocencia,
y donde sueña el jade
el poema aborigen de la máscara.
En la remota, en la secreta
soledad de tu seno fructifica
su mortal certidumbre mi progenie;
tuyo este barro de ilusión efímera
se anima de viveza,
cauteloso se yergue y palpitante
óyele musitar,
escucha las palabras que no dice



Manuel Calvillo

porque apenas se inicia en el milagro
de su tímido gozo y de su angustia,
crece de ti como un árbol profundo
al espacio del sueño,
el tuyo, el mío, el de mis padres
en ti sembrados desde el tiempo
de la primera caña.

Seno virgen el tuyo, invulnerable,
terrenal cementerio
de una efímera historia derrumbada
en tus mantos de escombros;
túmulo de mis gentes
atravesadas de raíces, muertas
ya para siempre —oís—,
ya para nunca,
porque decir *ya muertas*
es oír cómo asciende
por la madera de sinuosos cauces
la antigua sangre de esta tierra,
del exilio del sueño hacia la rama
en que torna al silencio.
Árboles nuestros,
verde sangre sensible y luminosa
donde la forma pura alcanzo
y destruyo, nombrándola.
Y en este sueño,

en ti inhumado con mi pueblo
 que alguna vez habla tu idioma,
 música de madera,
 vuelve hacia ti mortal la certidumbre
 de un tiempo traicionado en la vigilia
 de su historia fugaz
 —artificio de piedra y de palabras—
 en la sangre tan nuestra,
 manantial de retorno a sus veneros.

LOS HORIZONTES de la tierra,
 los caminos trepando hacia el silencio
 en cuyos hálitos
 levantó la meseta amurallada
 pirámides vigías,
 el verde cactus húmedo
 y la muda viveza de mis brazos
 abren ríos al sueño
 de una angustia en el tiempo abandonada.

Escaleras del mar hacia la costa
 umbrales son del humus de esta tierra
 que siembra Dios aún;
 terraplenes de luz para los ojos
 que en silenciosas yemas
 esperan todavía;
 al norte el viento, la llanura, páramo
 que defendió mi casa
 y el vegetal recinto de mis templos;
 y al centro de los límites,
 sobre ruinas violadas,
 va ascendiendo a mis ojos y a mis manos
 la sustancia terrestre redimida.
 Y como siempre, al sur, nosotros
 resguardando
 sobre los peñascales la meseta
 y el sol teotihuacano de mi pueblo,
 en donde las mujeres
 callan tan hondamente y se diría
 escuchar el silencio.
 Espacios para el tiempo, aquí
 donde creció la caña,
 inauguró el maíz sus festivales
 y en los desnudos pies la danza
 erigía los arcos del misterio,
 y dieron las palabras y los nombres
 la sola permanencia de los árboles:
 tule, ceiba, caoba,

PRIMERA vigilia terrestre

poema de

MANUEL CALVILLO



TEZONTLE

el silencio agobiado del mezquite
 y los bélicos cactus invasores.

—Aquí en tu costra, tierra,
 sobre el tiempo enemigo y el desastre,
 aislado en mis sentidos y en la angustia
 de ser en ti, nombrándote retorno
 del perdido conjuro en las palabras
 a mi última evidencia.
 Tal el día primero,
 la voz disipa y cava
 tu enconada presencia al borde mismo
 de su implacable decisión indemne;
 así nació la música en la flauta
 de barro, así también las efusiones
 en el idioma fueron,
 nuestro ritual así rindió su culto
 precipitado a tu misterio solo,
 construyó así mi pueblo sus ciudades
 perpetuando en piedra
 la serpiente emplumada que en el tiempo
 es la vigilia de este sueño tuyo,
 sustentando mi voz
 y todo en él y en esta muda sangre.

Cuando los ritos de la noche crecen y acechan los sentidos,
~~y acechan los sentidos,~~
 y del labio a la lengua voy diciendo tu nombre, ave
 de toda dama, cuerpo ~~de~~

Manuscrito de Manuel Calvillo, Archivo histórico de El Colegio de México

ATRIO de tierra húmeda,
 apisonada
 bajo la fresca sombra del pirul,
 lugar del que los niños
 de las miradas mudas y proféticas
 miran caer, monótona, la lluvia
 en el maizal
 y a la clemencia de la madre encinta
 tejiendo junco, madurando al hijo
 y cuidando del fuego.
 Solitaria y solemne
 aborígen liturgia de mi casa.
 Como si desde entonces lo dijese
 óyeme preguntar en este día:
 —¿Qué esperanza mantiene tu dulzura,
 para quién hilas algodón?
 Velado por tus ojos crece
 inviolable el destino que me lleva,
 y en tu voz se desata hacia la mía
 en el sigilo de tu lengua náhuatl
 la historia de mis gentes,
 el antiguo secreto de los soles,
 tu amor en la caricia ya ultrajado,
 y la tímida albura en la mazorca
 por el color humilde de tus manos,
 pan nuestro desde el día

en que el último sol muere en el agua
 y se oye interrogar:
 ¿Tu cauda quién ahuma,
 en dónde el fuego oculto?
 Y tú en el silencio,
 en el tiempo impasible de la rosa,
 y no indefensa a tu memoria misma
 porque en tu oído y en tu piel
 y en toda tu sensible permanencia
 mi padre cierto te demuda.
 Silencio el tuyo, madre,
 como el pulso y el sueño y la mirada
 que llevo tuyos en la sangre mía,
 como tus dioses olvidados
 bajo los pétreos muros que mi padre
 sobre las ruinas nuestras levantara,
 y como en tu dolor los hijos
 cuyo insomnio violento nos redime
 sobre esta tierra, ahora tuya
 como en el día aquel de la segunda caña.
 Y escuchar tu silencio
 es oír el venero de mi sangre,
 probar la leche en tu pezón indígena
 y volver a mirar, ya por tus ojos,
 el color de la luz y de la tierra
 y a los árboles nuestros

su corazón de música guardando.
Escuchar tu silencio
es prender esta voz a mis raíces,
ser yo desnudo en tu esperanza
después de tanta pesadumbre,
y es llevar en mis hombros el lucero
que anunció tu tristeza,
como fuego en la noche rescatado
a la última caña de los días.

TAL DEL fuego nocturno en las señales,
tal el ave funesta te auguró,
entre los tuyos y como ellos pálido
de armaduras lucientes
venías, como caña enhiesta,
jinete de las aguas y ese día
por los caminos que subió la sangre
ante el lacustre azoro de mi pueblo.
¿Hay regiones del sueño no violadas,
y del silencio, por tus voces?
¿Tú sabías, acaso?
Era un presagio entre mis gentes:
hubo un tiempo de Él entre nosotros,
de un rostro como el tuyo, padre,
y unas manos desnudas de maíz;
nadie supo de Él y sí sus cosas
porque dijo verdad.
Una tarde ciñó sus vestiduras
y se alejó anunciando su regreso.
El día en que llegabas era el suyo.
El Señor de la tierra
abrió su casa para ti
y te ofreció su estera y su ciudad.
No voy a relatarlo, entre los míos
lo penamos aún.

No el vuelo del albatros
sino el centauro y su pezuña cruenta;
en la codicia funeral del sueño
dando voces de muerte
venías, despiadado, en tu hermosura
escalando el insomnio;
tu espada azotó el viento
y caían el águila y los dioses
del joven padre inaccesible
en cuyos ojos fué virgen mi madre,
la que tuviste en una hora

sobre la tierra suya profanada.
En verdad, aquel día
qué pupilas no tuvo el abandono
de presentidas grávidas doncellas;
qué soledad no supo
abatir su ternura bajo el cuerpo
de un extranjero dios apasionado,
ya en su aventura solo y sin estirpe
ahondándose en su sombra con su muerte.
Porque ahí, entre tus brazos,
los tallos de la música tenías
y fué tu sangre
al desamparo nuestro y solo.
¿Tú sabías, acaso?
Sin afrenta hijo tuyo
he crecido arraigado de mis muertos,
los de esta tierra,
y de tu sueño que olvidó sus márgenes
para caer sembrado tras las mías.
Así mi sangre es tuya
y las palabras que te dicen;
mas hoy es cuando emergen,
sobre tu sueño derrumbado
y en el aniversario de tu angustia,
mis presagios antiguos.
Él lo sabía, y son mis gentes,
padre cruel,
las que guardan la semilla del tiempo.

EL DÍA en que nació la caña
al idioma del tiempo ya venía
la sangre, en su designio,
a subyugar esta vigilia inermes,
del sueño acaso certidumbre sola
que el sueño mismo acalla;
y surge ahora, aquí,
de unas palabras tenues y una música
en el viento, en la imagen
transitoria del mundo, a la presencia
de un arcángel proscrito,
demudado custodio de la muerte
bajo la noche terrenal desnuda.
Dolido vientre túmido
en el insomnio de la madre,
violencia solitaria
que la tierra sepulta y apacigua
en donde aún el padre sueña

bajo la luz de una mujer velando.
Y oír en el silencio
—aquel mortal refugio de los dioses—
cómo el llanto, la niña prematura
y virgen arrobada, cómo
el corazón efímero inmutable,
todo, los días y el secreto,
nuestro cielo, el destino y la memoria
de lo que fué mi casa, me redime,
es tornar a su seno,
callar en esta voz, la suya.

Cerrado el círculo del tiempo
una vez más,
una vez más
nació la caña en aquel día
ya no al signo del verde
ni a los aniversarios de mi pueblo,
sino a dar su esbeltez
y la última flor en el crepúsculo
que subía sangriento a las pirámides;
murió el tiempo ritual
que inauguró la sangre de esta tierra,
el caballo venía
desolado en la suya,
y fueron días de la sangre sola
cuando el augurio se violó
en el cuerpo caído de ese padre,
presentido en su frágil juventud,
cuyos emblemas ultrajaba
el que tuvo a mi madre y a mi tierra.
Desde entonces
se olvidó el calendario de mis gentes,
su lengua, sus altares,
y vivimos del sueño que cercaba
los ojos nuestros con los suyos.
No obstante,
bajo el tiempo invasor que se derrumba
ya traicionado ahora para siempre
en el acoso de su furia aciaga,
oigo la sangre nuestra, turbia
sobre el olvido exhausto,
acechar mi existencia en su memoria.

PARA MÍ aquel lugar terrestre
que sea mío, en donde halle
de mis padres los huesos



Mariana Ruiz V.

y la raíz del árbol tule,
y no más en el día
en que deje esta voz de restituirme
a mi pueblo,
porque ya soy en él
desamparado sueño de aquel suyo
que dejó a la serpiente por cariatide.
Antaño ríos,
vetas de sangre hoy
donde yacen mis gentes desde el día
en que vino desgracia y servidumbre
y se quebró en la caña el tiempo
para mi casa.

—¿Qué soledad nos sitia ahora
que surgen las palabras de tu seno,
tierra,
apenas en su música
y tu presencia oscura desvelándola?
Porque no soy sino la certidumbre
de mi propia existencia
reintegrándome a ti, como en el tiempo
en que decía en lengua de mi madre
su padre nuestra historia



Mariana Ruíz V.

y el funesto presagio de los hijos;
y porque estoy en ti como de siempre,
tal el alto cantil en su erosión
y los profundos árboles,
te nombro, tierra,
en la sola palabra que te dice.
Qué soledad no tuya
si un ángel no preside nuestros túmulos
y el pavor
repta aún a la sombra de tus ruinas.

—Sangre mía perpetua,
río de sueño que inundó a mi madre
y horadó entre sus carnes la ternura
grávida de sus voces, guárdate
en este solar tuyo,
entre los muros que erigió mi padre
como el olvido en la ciudad lacustre;
torna a la tierra,
a su propia sustancia conmovida
que me recobra, para siempre,
en un saber que soy en este día
sólo anticipo de una muerte

que heredo abandonada,
y con el pueblo mío, eternizándonos.

¿DEL SUEÑO, la vigilia?
Violento de hermosura, tremolando
su crin de sombra,
implantando su imperio,
entregando a su angustia el horizonte
y al designio ancestral de su evasión
la muda soledad de la belleza;
huyendo de los frisos,
de los marmóreos pedestales,
de la tersa avenida del hipódromo
y de la franciscana mansedumbre,
hinca en la dulce sementera
la pezuña inclemente
y suena en el metal de su galope
el augurio invencible de la sangre.

—Tú, en mi solar el extranjero
dios implacable de mi abuelo herido
y de mi madre en la preñez oscura,
dios de mi padre enardecido y rubio,
ampárame.

Posidón emigrado, en este día
póstumo de tu sueño
cruzas el aire, oigo
tu incesante relincho en la meseta,
y miro tu cabeza histórica
violando los relieves fatigados
de inmóviles estatuas
que tu imagen simulan,
la espuma de tus belfos
nieve en la noche palpitante,
las lianas de tus músculos tangibles
ritmo en la fuga al horizonte,
y el sudor donde rielan en tus ancas
el sol cobrizo y la luna inocente.
Terrestre dios mortal,
tú, patriarca, presérvame,
y preserva el destino de mi sangre,
como la tuya, ciega, arrebatada
cuando retumba tu galope
en la música virgen de mi cuerpo
y crece hacia los hijos
y hacia los hijos últimos, perenne
ella sola en su impulso apasionado. €

LOS UNIVERSITARIOS

Publicación mensual de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM



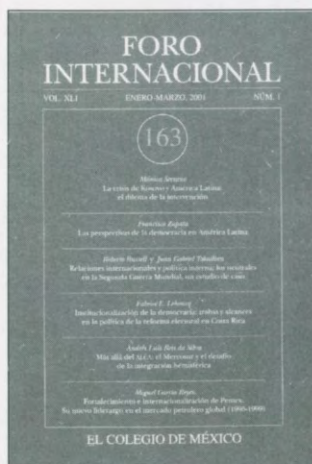
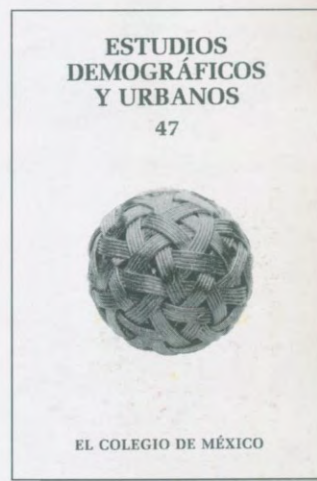
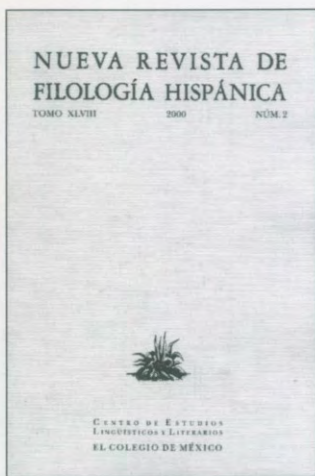
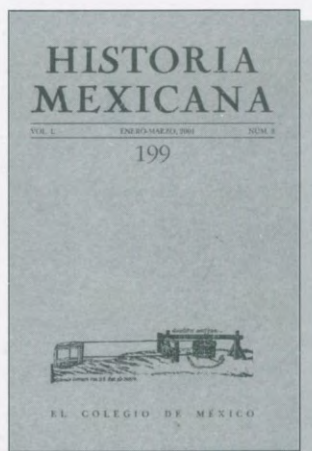
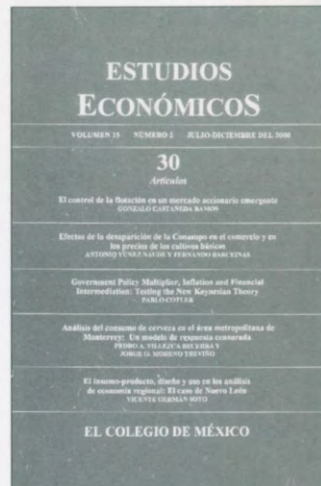
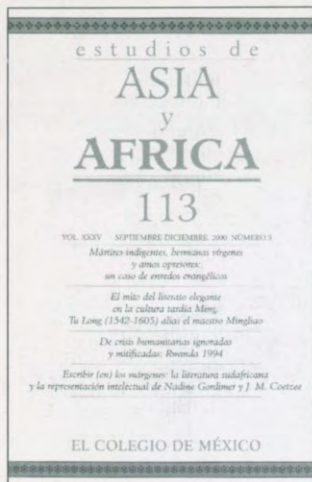
NÚMERO 9 JUNIO

- Juan Ramón de la Fuente sobre *Nuestra Universidad*
- Ruy Pérez Tamayo sobre el genoma humano
- Dos poemas de Vicente Quirarte
- Un cuento de Vicente Herrasti
- Philippe Ollé-Laprune sobre Michel Leiris
- *Epigramática* y Martín Luis Guzmán
- Reportaje fotográfico de Pía Elizondo

SUSCRIPCIONES: 56 65 17 33

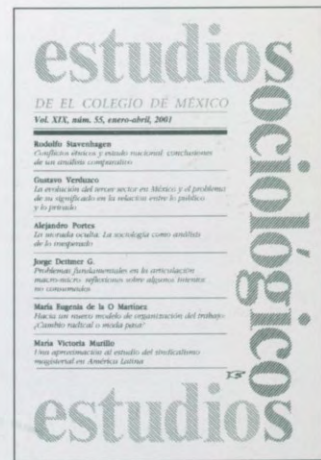


PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

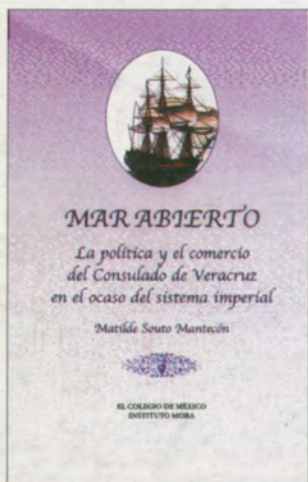
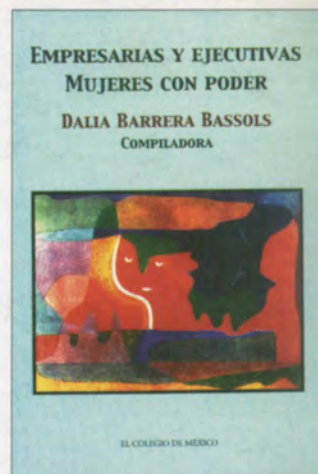
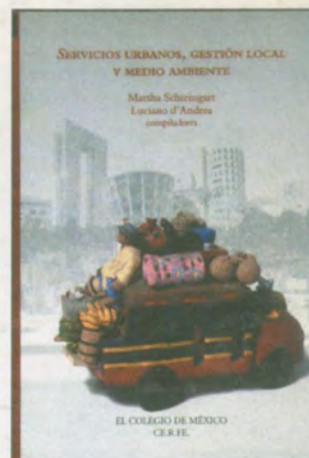


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



EL COLEGIO DE MÉXICO

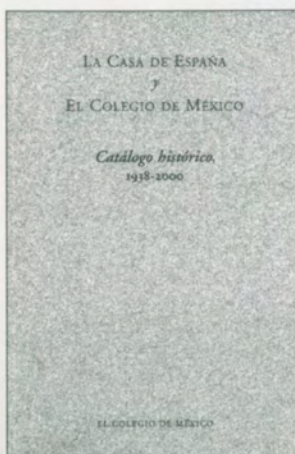
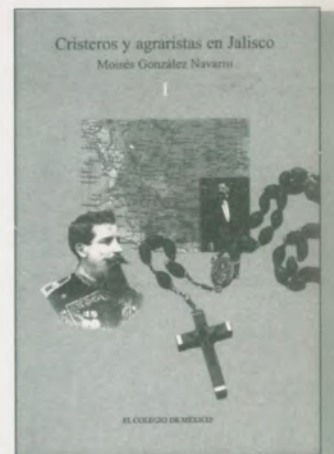
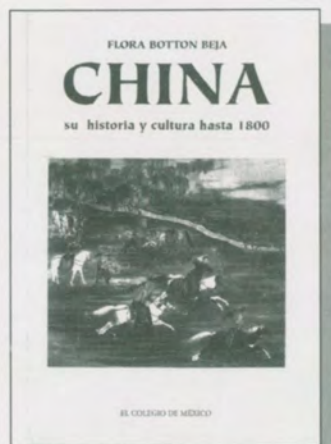
Boletín 91 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 2001



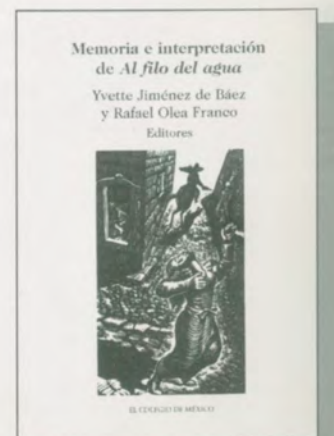
Daniel Cosío Villegas
a 25 años de su muerte

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



ÍNDICE

Daniel Cosío Villegas y la modernización
de la historiografía mexicana
■ *Javier Garciadiego* ■ 3-10

Daniel Cosío Villegas:
la responsabilidad del intelectual
■ *Enrique Krauze* ■ 11-13

El estudio del poder y el poder
del estudio: Daniel Cosío Villegas
■ *Lorenzo Meyer* ■ 14-18

El legado de Daniel Cosío Villegas,
25 años después
■ *Víctor L. Urquidí* ■ 19-22

Crónicas de Roberto Arlt en *El Nacional* (1937-1941)
■ *Rose Corral* ■ 23-25

Al margen del cable
■ *Roberto Arlt* ■ 26-27

El destructor de ciudades
■ *Roberto Arlt* ■ 28-29

IMÁGENES ICONOGRAFÍA DE DANIEL COSÍO VILLEGAS

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN ■ *Coordinador general académico* CARLOS ROCES DORRONSORO
■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN ■ *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ *Coordinadora de Promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 91, MAYO-JUNIO DE 2001

■ *Diseño* IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ *Diagramación y formación* EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E
ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Portada* IMAGEN ICONOGRAFÍA DE DANIEL COSÍO VILLEGAS

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

NOVEDADES

INICIAL

Los señores
de la familia de
los señores

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de

de la familia de



444 1000 ext. 335 31 01 2202
fax 5419 5071 n Correo electrónico
prod@omni.com

Daniel Cosío Villegas y la modernización de la historiografía mexicana

Daniel Cosío Villegas fue un hombre polifacético: de joven, efímero funcionario, posteriormente intelectual, constructor de instituciones y crítico político.¹ Como intelectual sus intereses fueron igualmente variados: sus primeras aficiones apuntaron hacia la literatura,² luego se dedicó a la economía, pasó después a la historia y consagró sus últimos años al análisis y la crítica políticas.³ A diferencia de lo amplio de sus intereses, como intelectual sus características y rasgos distintivos fueron constantes: a la par de riguroso, Daniel Cosío Villegas fue siempre agudo e intenso: su prosa era incisiva, gustaba de utilizar la ironía y propiciaba la polémica. Sobre todo, fue un intelectual visionario, innovador e instrumentalista. Esto es, fue de los primeros en detectar varios problemas nacionales, y de los primeros en enfrentarlos mediante disciplinas poco desarrolladas en México; por otro lado, nunca fue un erudito ni tampoco un intelectual especulativo o diletante: siempre creyó que el conocimiento era un medio—nunca un fin— para resolver problemas específicos.

Como historiador, Cosío Villegas destaca como el autor y coordinador de la *Historia moderna de México*, como el diseñador y animador inicial de la *Historia de la Revolución Mexicana* y como el fundador de la revista *Historia Mexicana*, próxima a alcanzar su número 200. Hoy, los multivoluminosos estudios acerca de la República Restaurada, el porfiriato y la primera mitad del siglo XX, y la cincuentenaria revista, son elementos reconocidos por todos como de-

finitorios de la reciente historiografía mexicana. Sin embargo, no siempre fue así: al principio también provocaron rechazos y críticas. Obviamente, don Daniel defendió con pasión sus esfuerzos y proyectos mediante polémicas que son ya parte de la historia cultural reciente del país.⁴

En 1947, luego de haber dedicado casi diez años a inventar, crear y consolidar La Casa de España y su sucedáneo El Colegio de México, Cosío Villegas publicó un agudo, oportuno y premonitorio artículo titulado, a contrapelo del optimismo que se gozaba en el país, “La crisis de México”.⁵ El impacto fue tremendo: decenas de notas y reseñas elogiaron o rechazaron el breve escrito; unos se solidarizaron con él y otros lo descalificaron pero nadie lo ignoró. Cosío Villegas luego admitiría que entre las numerosas réplicas—cerca de sesenta— una destacó por lo certera y profunda y por el impacto concreto que tuvo en su propia vida: la hecha por José Revueltas. Éste argumentó que la crisis de México no era moral ni política sino “histórica”. Exento de cualquier tono irónico, Revueltas aseguró que resultaba “lamentable” que Cosío Villegas perdiera “en forma tan insensata el punto de vista histórico”, lo que lo había llevado a críticas “peregrinas” y a ejemplificaciones “superficiales y casi... anecdóticas”. Revueltas no tenía dudas: “algo mucho más profundo, con más lejanas raíces, mucho más grave y mucho más complicado... produce la crisis nacional”.⁶

¹Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1976. Krauze, *Biografía...*

²*Obras Literarias*, Editorial Clío y El Colegio Nacional.

³*Obras Completas*.

⁴Javier Garciadiego, “Daniel Cosío Villegas, Críticas, Polémicas y Diatribas...”

⁵*Cuadernos Americanos*, marzo-abril, 1947.

⁶José Revueltas, “Crisis y destino de México. En torno a las opiniones de Cosío Villegas”, *Excelsior*, 18 y 19 de abril de 1947.



La observación fue, al mismo tiempo, profunda y firme, atinada y serena. En realidad, Cosío Villegas no sólo recibió una útil lección, sino que el artículo de *Revueltas* fue un acicate que cambió el rumbo de su vida: a partir de entonces comenzó a trabajar “en las cosas históricas”.⁷ Aunque tal parece que Cosío Villegas gustaba de leer historia desde su época estudiantil, fue el sabio consejo de *Revueltas* lo que “contribuyó a precipitar la atención de Cosío en la historia de México”. A partir de ese catártico momento abandonó cualquier otro proyecto que no fuera estudiar la historia reciente del país. Es más, llegó a rechazar una invitación a trabajar en la UNESCO con un salario varias veces mayor al ingreso que obtendría por dedicarse a la investigación histórica.⁸

Acicateado por el señalamiento de *Revueltas*, respaldado por El Colegio de México, entonces sin programa docente en Historia y dedicado casi exclusivamente a la investigación, y apoyado en el financiamiento de la Fundación Rockefeller, don Daniel —con varios colegas y ayudantes— se sumergió en el estudio de ciertos momentos de la historia del país. Su objetivo no era el de un historiador tradicional, al rescate del pasado en cuanto tal: buscaba conocer la historia como instrumento para entender el

presente. Así, al frente de un pequeño grupo de científicos sociales, algunos de los cuales eran historiadores, don Daniel procedió a estudiar el porfiriato y la Revolución para explicarse sus “semejanzas y diferencias” y poder sostener o negar que el gobierno posrevolucionario había devenido neoporfirista.⁹

Aquellos afanes de don Daniel y su equipo de colaboradores implicaron una auténtica transformación en la historiografía mexicana, disciplina que se debatía en una severa crisis. En efecto, había pasado ya el “siglo de oro” de nuestra historiografía, el de los testimonios y reflexiones históricas de muchos de los principales actores políticos de la primera mitad del siglo —como Mier, Bustamante, Zavala, Mora, Alamán, Cuevas y Otero, entre otros—; el de los alegatos partidistas y nacionalistas de los personajes que les sucedieron —como Payno, Altamirano, Prieto, Zarco, Arrangoiz y Roa Bárcena—, y el de los intentos monumentalistas, documentalistas y comprensivos, propios de la estabilidad y el progreso porfirianos —como José Fernando Ramírez, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Hernández y Dávalos y Genaro García, o Zamacois, Riva Palacio y Justo Sierra. En cambio, la Revolución Mexicana había golpeado duramente el desarrollo de la disciplina: entre 1920 y 1940, cuando el país tenía menos recursos que problemas urgentes y cuando se carecía de la estabilidad imprescindible para permitirse investigar y reflexionar sobre la historia, no pudieron surgir las instituciones que debían promover los estudios históricos. La historiografía de esos decenios fue dominada por las polémicas entre las facciones revolucionarias y por la labor individual de algunos estudiosos, predominantemente conservadores —como Alberto María Carreño, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río, o Victoriano Salado Álvarez y Artemio de Valle Arizpe—, que buscaban un nostálgico pasado que pudiera servirles de refugio contra las convulsiones de los tiempos que les había tocado vivir.

Para comenzar, Cosío Villegas decidió estudiar un periodo cercano, anatema para los historiadores científicos de entonces. Ese tiempo cercano resultó ser el porfiriato, anatema a su vez para los intelectuales, los políticos y las instituciones culturales revolucionarias. Además, resolvió que el estudio no se reduciría a las cuestiones políticas, como hasta entonces se había hecho, sino que incluiría los aspectos económicos y sociales. Hoy, cincuenta años después, las historias económica y social gozan de enorme vi-

⁷Wilkie, pp. 129-130.

⁸Krauze, pp. 153-154 y 157.

⁹Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, p. 199.

gor en todas las historiografías del mundo. Sin embargo, en ese entonces dicha actitud fue radicalmente innovadora. Reacio a cualquier hipótesis, puede afirmarse que con la *Historia moderna de México* nació una visión más redonda, cabal, cuerda y completa de nuestro proceso histórico. En efecto, toda visión limitada a la historia política es parcial y produce resultados deformes en tanto privilegia los acontecimientos bruscos y vertiginosos, propios de las cuestiones políticas. A pesar de que se le criticó por haber estructurado la obra en tres compartimentos distintos y paralelos, lo cierto es que Cosío Villegas siempre insistió en la interrelación de lo político, lo económico y lo social.

Otra novedad consistió en el número y tipo de fuentes consultadas. Contra una tradición de historiadores testimoniales o anticuarios (incluso propietarios de muchos de los documentos utilizados), y contra un desarrollo reciente y precario de las instituciones dedicadas a preservar los repositorios documentales, Cosío Villegas y sus colaboradores hicieron hondas pesquisas en archivos, hemerotecas y bibliotecas públicas, en busca de documentos primarios, periódicos, memorias oficiales y estadísticas, fuentes casi inéditas entonces.

Por último, para redactar tres gruesos volúmenes con la historia política, económica y social de la República Restaurada, y para escribir otros tres para las del porfiriato —que tal era el proyecto original—, don Daniel trabajó en equipo, con algunos autores independientes, llamados investigadores, y con numerosos ayudantes o lectores, en lo que él llamó el “Seminario”.¹⁰ La novedad no es minimizable; así surgió el trabajo histórico en equipo; más aún, con ellos nació entonces el hoy generalizado trabajo colectivo interdisciplinario e interinstitucional.¹¹

Tantas innovaciones, junto con la gran cantidad de malquerientes de don Daniel, explican los numerosos y severos reparos a la aparición, en 1955, de su primer producto, el tomo dedicado a la vida política durante la República Restaurada. Uno de sus primeros y más abiertos críticos fue Luis Chávez Orozco, adversario también en 1947, cuando rechazó tajantemente “La crisis de México”. Para comenzar, Chávez Orozco reclamó a Cosío



Villegas haberle puesto un nombre afrancesado al periodo estudiado, *La República Restaurada*; además, lo acusó de trastornar y trastocar “todo”, al pretender establecer “una nueva cronología de las etapas de nuestra historia”. Por si eso fuera poco, le recriminó haberse rodeado “de un equipo de investigadores e intérpretes que, bajo su dirección, consumen la empresa de redactar la obra”, estrategia que no remediaba la limitación de haber comenzado tardíamente sus investigaciones históricas. Según Chávez Orozco, el método seguido era “malo” e ineficiente, culpable de que se incurriera en “omisiones gravísimas” y en contradicciones “a cada paso”. El origen del fracaso estaba en haberse atendido “a las fichas de sus colaboradores”, auténticos “destajistas anónimos”; la receta que se permitió sugerirle consistía en “leer y releer” personalmente los materiales, con toda probidad y “sin prejuicios ni arrogancias”.¹²

No todas las reseñas fueron así de vitriólicas. Las hubo muy positivas; es más, un par de colegas percibió atinadamente la gran transformación historiográfica que suponía la aparición de la *Historia moderna*. Acaso el primero fue un joven historiador norteamericano, Frank Knapp. Ajeno a los celos, pleitos y rencillas del medio intelectual mexicano, Knapp saludó la historia

¹⁰Para conocer las explicaciones de don Daniel en su “Primera Llamada General”, y formas de trabajo de aquel equipo véanse los testimonios de Francisco Calderón y Moisés González Navarro, en Clara Lida.

¹¹Carente de un historiador económico para la República Restaurada, el Banco comisionó a don Francisco Calderón como coautor autónomo.

¹²Luis Chávez Orozco, “Cosío Villegas Historiador”, *Excelsior*, 10 y 22 de abril y 4 de mayo de 1955.



política de la República Restaurada –periodo al que él dedicaba sus investigaciones– con abiertos elogios: le parecía que el libro alcanzaba una “insólita grandeza” en tanto contaba con “muchas excelencias”, como su “hercúlea” investigación, que remueve “gruesas capas de distorsión”, y su capacidad para “revivir el espíritu de una época”. Proveniente de un medio profesional moderno, en el que los apoyos financieros privados y externos y el uso de colaboradores era más la norma que la excepción, el que se tratara de un proyecto colectivo le pareció “grandioso”.¹³

A su vez, José Fuentes Mares llegó a afirmar que la *Historia moderna de México* era el esfuerzo más ambicioso desde la aparición, en la década de 1870, del *México a través de los Siglos*. Fuentes Mares encontró que en el primer volumen publicado se había logrado, a partir de un material “cuantioso en grado superlativo”, y manejado con muy buen “tino”, hacer una “síntesis metódica”, de “estilo sugerente y a veces encantador”. Previsiblemente a Fuentes Mares le sedujo que la obra pretendiera reconstruir “la historia viva” del periodo

¹³Frank Knapp era autor del libro *The life of Sebastian Lerdo de Tejada, 1823-1889*, The University of Texas Press, Austin, 1951. Para su opinión sobre la obra de Cosío Villegas, véase “Nueva Historia de México”, *Excelsior*, 23 y 25 de abril de 1955. Esta reseña fue publicada también con el título “Rescate de diez años perdidos”, en *Historia Mexicana*, vol. V, número 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 244-252.

estudiado. Para él no había duda: sus autores no podían ser simples “principiantes”. Perspicaz y perceptivo, Fuentes Mares descubrió en Cosío Villegas un científico social y un hombre de acción: no le interesaban las “minuciosidades de archivero” ni la historia “como relato”; se acercaba a la historia “como problema”, con la pretensión de “normar” desde la historia “su juicio del presente y su conducta en el futuro”. Para Fuentes Mares era indudable que en Cosío Villegas había un moralista político, y por ello “la lección oculta” de su libro era “la ejemplariedad” de aquellos años de lucha pertinaz por la libertad. Por ello el libro quería ser, según Fuentes Mares, la “expresión de los sueños” del país que entonces fue México.¹⁴

A su vez, el historiador católico José Bravo Ugarte, libre de cualquier sospecha de simpatizar con el liberalismo, reconoció en Cosío Villegas a un historiador original y “escrupulosamente objetivo”, y vaticinó que su obra sería “modelo de investigación y de... exposición”. “Tan sólo se permitió reclamarle, comprensible y previsiblemente”, que su “criterios” liberal –muy en el alma de don Daniel– le llevara en ocasiones a identificar al país con el partido liberal y, consecuentemente, a considerar al gran conservador como enemigo de México.¹⁵

La polémica fue de tal magnitud, que suscitó la atención de periodistas e intelectuales no dedicados profesionalmente a la historia. Un ejemplo es el de Pedro Gringoire –alias de Gonzalo Báez Camargo–, quien señaló que el amplio interés por la obra se debía a su “tentativa encomiable” de haber sido escrita tanto para los especialistas como “para nosotros, ‘los de abajo’”. Además, aseguró que Cosío Villegas había logrado captar el interés general en tanto que el libro en cuestión no era una reseña de hechos sino una obra de “interpretación honrada, hecha con esfuerzo de imparcialidad y con hambre de verdad”, sin incurrir en “el arrebató cegador de la pasión política”.¹⁶

¹⁴José Fuentes Mares, “Sobre la Historia Moderna de México”, *Excelsior*, 6 de julio de 1955, 1ª Sección, p. 6.

¹⁵Véase también José Bravo Ugarte, “La *Historia moderna de México* de Cosío Villegas”, en *Historia Mexicana*, vol. V, número 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 240-243. Bravo Ugarte reclamó a Cosío Villegas la oscuridad de los títulos de sus capítulos y subcapítulos, sobre todo porque Cosío Villegas había hecho el mismo reclamo a *El Porfirismo* de José C. Valadés, cuyo índice le había parecido “una colección de charadas”.

¹⁶Gringoire elogia la honradez de Cosío Villegas, pues no pretendió “destronar un mito sólo para suplantarlo con el opuesto”, y porque siendo liberal, no vaciló en señalar “los errores de los liberales y aún del liberalismo”.

Gringoire se permitió opinar también sobre la conveniencia y las desventajas del trabajo colectivo, tan abiertamente criticado por varios colegas. Para él no había dudas: el trabajo “de equipo” había hecho posible “abarcarse dimensiones de terreno” que personalmente Cosío Villegas no hubiera podido escudriñar “ni en toda una vida”. Su conclusión era clara: a pesar de su excesivo “detallismo” y de la existencia de “numerosos saltos retrospectivos” que generaban cierta “confusión”, la exitosa “combinación de obra erudita y de divulgación, la honradez, la labor de equipo y el empleo casi exclusivo de fuentes primarias”, hacían de la obra un libro muy meritorio. De hecho, Gringoire llegó a decir que sólo hasta con Cosío Villegas y su equipo había empezado a escribirse en el país historia “en gran forma”, puesto que antes sólo se había hecho “repertorio de datos y simple crónica de sucesos”, cuando no mera “diatriba ponzoñosa o panegírico exaltado”. Para él, Cosío Villegas habría inaugurado “una nueva etapa de los estudios históricos en nuestro país”.¹⁷

Las elogiosas apreciaciones de Knapp, Fuentes Mares, Bravo Ugarte y Gringoire seguramente irritaron a Chávez Orozco, quien renovó sus afanes polémicos a finales de 1955. Con pretensiones irónicas aseguró que Cosío Villegas había conseguido “conquistar la credulidad de muchos de sus lectores” por lo documentado y lo prolífico de sus escritos, aunque sólo lo lograra por estar auxiliado “de una legión de ayudantes”. En efecto, volvió a reclamarle que utilizara colaboradores “destajistas”, que inevitablemente generaba “incongruencias”; peor aún, sentenció que partir de notas tomadas en “lecturas ajenas” y “clasificadas automáticamente con criterio también ajeno”, impedía “llegar a una síntesis inteligente”. Su método de trabajo resultaba entonces la causa principal de tantos “juicios incongruentes” y tantas “contradicciones”, terminando la obra por resultar “un mosaico en que se intercala, sin orden ni concierto, la verdad con el error”. Sin embargo, según Chávez Orozco también incidieron en ello su novatez, su “escasez de talento”, su “pluma arrogantisima”, siempre con afán de decirlo todo “en términos categóricos y rotundos”, y el apresuramiento con que se laboraba por el “apremio angustioso” de cumplir un compromiso consignado en un contrato que hay que cumplir “a plazo fijo”,¹⁸ contrato su-



puestamente firmado, según Chávez Orozco, con la Fundación Rockefeller.

Era previsible que el epíteto de “destajistas” irritara a algunos de los aludidos. El primero en reclamar fue Xavier Tavera Alfaro, quien aseguró que la crítica de Chávez Orozco carecía “de veracidad”, pues el procedimiento de trabajo del seminario no era destajista sino simplemente de colaboración, con una división del trabajo clara y precisa, con lectores y varios autores, entre los que sobresalía Cosío Villegas por ser el autor del mayor número de volúmenes y quien además era el director del proyecto en su conjunto.¹⁹ Tavera afirmó que a pesar de contarse con varios lectores y recolectores de datos, de ninguna manera se hacían “clasificaciones automáticas” del material. La réplica de Tavera se caracterizaba por su sensatez: ni el trabajo colectivo era superficial ni el trabajo individual era anacrónico, pues “uno y otro tienen ventajas y desventajas”; por ejemplo, mientras en el trabajo colectivo “lo que se gana en profundidad se pierde en unidad”, el individual está destinado a incluir menos información, pues es “humana-

¹⁷Pedro Gringoire, “La Historia Moderna de Cosío Villegas”, *Excelsior*, 8 y 9 de julio de 1955.

¹⁸Véanse los artículos de Chávez Orozco, “Crítica a la crítica de Cosío Villegas”, y “Fe de erratas de la obra de Cosío Villegas”, *Excelsior*, 17 y 29 de noviembre de 1955.

¹⁹Con ironía, Tavera preguntó a Chávez Orozco si llamaría producciones historiográficas a destajo la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, o la *Historia Universal*, de Walter Goetz, la *Historia de América*, de Ricardo Levene, o cualquiera de las multivoluminosas historias publicadas por la Universidad de Cambridge.



mente imposible que una sola persona ... logre cavar lo que diez o quince".²⁰

Tavera no se limitó a mostrar las argucias, falacias y trampas de Chávez Orozco; también le hizo ver lo injusto que era llamar "destajistas" a los colaboradores, cuando para esas fechas ya había aparecido el segundo tomo de la obra, el de los aspectos económicos de la República Restaurada, y cuya autoría individual se acreditaba a Francisco Calderón, autor, por lo tanto, y no mero colaborador "destajista". En forma por demás atinada Tavera sugirió a Chávez Orozco que evaluara "los resultados" en lugar de limitarse a juzgar el método de trabajo y las técnicas usadas en él. Aunque todavía se demoraron unos años en aparecer los volúmenes escritos por Luis González, Moisés González Navarro y Fernando Rosenzweig, cabría preguntarse si Chávez Orozco persistió en considerarlos "destajistas". Es obvio que el tiempo, como siempre, terminó por colocar a cada uno en el sitio que le correspondía.

Una opinión que seguramente respetaba Cosío Villegas era la de José Miranda, destacado historiador llegado a México con el exilio republicano español.²¹ Venturosamente para Cosío Villegas, la opinión de Miranda fue positiva: su obra le pareció un "fruto logrado" con varias "excelencias", entre las que destacaban su "sólida construcción", su "asiento amplísimo y compacto de datos", su

firme "discurso armador", bien cimentado y enlazado, su "interpretación comprensiva". Metafóricamente, Miranda reconoció en Cosío Villegas una vista doblemente privilegiada: cuando se remonta con fines interpretativos tiene "visión de águila"; cuando penetra en lo recóndito, y aun en las conductas individuales, tiene "visión de zahori". Según Miranda sus mayores valores eran la "labor remove-dora", pues gracias a su crítica "despiadada" logra trastocar la visión precedente, y la "emoción" que le impregna a la reconstrucción del periodo estudiado. Igual que a Fuentes Mares, a Miranda le resultó obvio que Cosío Villegas pretendía realizar una historia moral con aspiraciones de "aleccionar a las generaciones venideras", lo que la hace una historia "fuertemente orientada hacia el presente y el futuro", rebosante "de mensajes políticos". Así, a pesar de "uno que otro demérito", como su "hiperjuicismo", y su irrealizable deseo de escribir simultáneamente para dos tipos de lectores, el erudito y el general, Miranda colocó la obra de Cosío Villegas "entre la flor y nata de la historiografía contemporánea".²²

Puede confiadamente concluirse que a pesar de la crítica de Chávez Orozco y de otros "incidentes" menores, la obra tuvo una magnífica acogida. Es más, terminó por resultar más voluminosa que lo acordado al principio, con diez tomos en lugar de seis, lo que explica que se rebasara

²⁰Xavier Tavera Alfaro, "Del método historiográfico", *Excelsior*, 6 de diciembre de 1955.

²¹Para calibrar la importancia de la obra y del magisterio de Miranda véase Bernardo García Martínez, editor.

²²José Miranda, "La República Restaurada, fruto logrado", en *Historia Mexicana*, vol. V, número 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 253-257.

el tiempo fijado para su elaboración: en lugar de concluirse en 1958 se terminó hasta 1972. Como quiera que fuese, para entonces no había ya duda alguna de que la obra en su conjunto era un auténtico “parteaguas” de la historiografía nacional.²³ Comprensiblemente, Cosío Villegas quedó muy satisfecho de su etapa como historiador, e incluso llegó a asegurar que “de todas las casacas intelectuales” que había usado hasta entonces, la de historiador “fue la que me cuadró más”.²⁴ Haber sido historiador durante 25 años lo marcó para el resto de su vida: al proceder luego a analizar el sistema político mexicano, lo hizo con una metodología histórica.²⁵

Aunque en historia no existen los juicios definitivos, hoy, a veinticinco años de la muerte de Daniel Cosío Villegas, ¿quién se atreve a negar la mejora que implicó para la disciplina histórica la profesionalización y modernización promovidas por él? ¿Quién puede cuestionar la gran importancia historiográfica de la *Historia moderna de México*, con su rescate de la República Restaurada y su revisión imparcial del porfiriato? ¿Quién llamaría “destajistas” y “matacuaces” a historiadores de la talla de Moisés González Navarro y Luis González y González? ¿No comenzó con el primero la historia social mexicana? ¿No abrevó el segundo en don Daniel su maravilloso estilo, agradable al lego y riguroso para el profesional? ¿Quién podría negar que con don Daniel nació el estilo moderno y profesional de historiar?

Permítaseme, para concluir, hechar mi cuarto de espadas. La *Historia moderna de México* fue el factor decisivo en la profesionalización y modernización de la historiografía mexicana y el punto de arranque de los estudios sobre las historias de la segunda mitad del XIX y de todo el siglo XX. Para comenzar, significó “claro progreso” en términos teóricos y metodológicos. Don Daniel entendió claramente que la historia política sólo rescataba una parte del pasado, y que para lograr una visión cabal de éste era preciso rescatar e integrar los procesos y hechos económicos y sociales de aquel pasado. Se dio cuenta que las historias eco-



nómica y social evolucionaban a un ritmo distinto de la historia política, y que se desarrollaban en espacios más amplios y mediante distintos actores. Don Daniel utilizó una metáfora marina para aclarar el problema: mientras lo económico y lo social constituían el fondo espeso, a veces hasta inmóvil la política era “la marejada superficial”.

Sobra decir que mientras la historia económica tenía en el país apenas un par de predecesores, la historia social resultó una auténtica novedad. Por lo mismo, los obstáculos documentales fueron ingentes. Las informaciones estadísticas eran escasas, fragmentarias y poco rigurosas. El primer censo de población se hizo hasta 1895, pero la información estaba insuficientemente disgregada. Por lo mismo, don Daniel y su equipo tuvieron que reconstruir sus propias series estadísticas.²⁶ Considerando estas dificultades, los resultados logrados aumentan su valor. Por si esto fuera poco, su idea de la historia social era completa, pues además de incluir la esfera cultural —de lo que luego se lamentaría don Daniel, reconociendo que la cultura debió haber merecido un tratamiento autónomo—,²⁷ iba desde la demografía y el análisis de la estratificación social hasta el estudio de la vida cotidiana. Respecto a la historia económica, si bien don Daniel vaticinó su creciente com-

²³Para una evaluación general y comprensiva, véase la laudatoria pero rigurosa reseña de Charles Hale, “El impulso liberal. Daniel Cosío Villegas y la *Historia moderna de México*”, en *Historia Mexicana*, vol. XXV, número 4, abril-junio, 1976, pp. 663-688. Enrique Krauze realizó una correcta antología de esa obra, con el título de *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Para una explicación del funcionamiento del equipo de colaboradores, véase Francisco Calderón, “El taller de don Daniel”, en Lida, pp. 295-311.

²⁴Cosío Villegas, p. 208.

²⁵Memorias.

²⁶Estadísticas Sociales.

²⁷Estadísticas Comercio Exterior.



plejidad, para su obra prefirió una historia económica sin jergas ni "terminología técnica".²⁸ Don Daniel estuvo próximo a introducir otras innovaciones en la historiografía mexicana, pues intentó hacer una historia "verdaderamente nacional y no sólo 'capitalina', pero se lo impidió la falta de información sobre las provincias".²⁹

Por lo que se refiere a los periodos estudiados, don Daniel tuvo el valor de estudiar etapas ignoradas y anatemiizadas de nuestra historia. En efecto, la República Restaurada había sido ninguneada por el porfiriato, y éste había sido satanizado por los políticos y los intelectuales posrevolucionarios. Don Daniel argumentaba que la República Restaurada y el porfiriato tenían suficientes características comunes como para conformar, ambos, una etapa: la de la historia moderna de México; sin embargo, alegaba también que eran tantas sus particularidades, que merecían ser considerados como momentos históricos distintos. Teóricamente, el argumento de la convivencia de continuidades y cambios era irrefutable. Sin embargo, lo mismo debía reconocerse para los tiempos posteriores. Consecuentemente, don Daniel encontró en los gobiernos posrevolucionarios, en contra de la ideología oficial que descansaba en el principio rupturista y fundacional de la Revolución Mexicana, numerosos elementos de continuidad y semejanza con el antiguo régimen. Las repercusiones ideológicas y políticas serían enormes. Su visión de la historia cuestionaba la visión gubernamental, basada en la

²⁸Véase Segunda Llamada Particular, en Cosío Villegas, *Llamadas*, p. 61.

²⁹Véase Tercera Llamada Particular, en *Ibid.*, p. 103.

continuidad y la identificación de la Revolución y sus gobiernos con los movimientos nacionalistas y progresistas del siglo XIX, gracias a un enorme salto que le permitía excluir al porfiriato, sin reparar que con ello se distorsionaba el auténtico proceso histórico nacional y se lastimaba a la historia —como explicación y como disciplina—, que no sabe de saltos ni de exclusiones.

Así, no acababa de terminarse la *Historia moderna* cuando ya don Daniel iniciaba su continuación, la *Historia Contemporánea de México*,³⁰ luego llamada *Historia de la Revolución Mexicana*. Mayor ya de 70 años, endozó su coordinación a uno de sus antiguos colaboradores "destajistas", Luis González y González. Volvió a trabajarse en equipo. Las críticas de Chávez Orozco, Alberto María Carreño, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río³¹ eran irrepetibles por anacrónicas. El viejo Seminario —o taller— ahora se conocería como "la fábrica", Los nuevos "destajistas" y sus "matacuaces" son los principales historiadores de hoy: Berta Ulloa, Álvaro Matute, Jean Meyer, Enrique Krauze, Lorenzo Meyer, Alicia Hernández y hasta Romana Falcón, Josefina Mac Gregor y Beatriz Rojas. Don Daniel no sólo hizo historia; hizo historiadores, y los hizo en su taller, en su fábrica: siempre fue un constructor, un hombre "de pluma y pala".

Como buen constructor, fue un hombre que creció con sus obras. *La Historia moderna* pasó de seis a diez volúmenes, porque don Daniel escribió lo doble de lo planeado, en historia política y en historia diplomática. Es muy probable que en ese descubrimiento histórico de la política y de las relaciones exteriores haya nacido su interés por su siguiente creación institucional, el Centro de Estudios Internacionales, fundado en 1960, en plena elaboración de la *Historia moderna*. Éste es otro de los legados intelectuales de don Daniel: la conveniencia de vincular el análisis político con la perspectiva histórica.

Hoy, a veinticinco años de su muerte, es justo reconocer la importancia de su riquísimo legado, y sería ético cumplir con su ejemplo: trabajo, independencia y responsabilidad ciudadana.³² €

³⁰Se comenzó con las pesquisas y los inventarios documentales. Llegando a publicarse.

³¹En su Primera Llamada General prometió que su "seminario" sería "un almáxico de nuevos investigadores". Cfr. Cosío Villegas, *Llamadas*, p. 36.

³²Según don Daniel, no era correcto "aunar el goce del poder político y de la posición social con el trabajo oscuro e ingrato de la investigación". Cfr. Daniel Cosío Villegas, Segunda Llamada Particular, en *Llamadas*, p. 61.

Daniel Cosío Villegas: la responsabilidad del intelectual

“Soy un admirador profesional de las personas de genio”, me dijo en una entrevista Isaiah Berlin. Yo era un admirador profesional suyo y de su obra, como lo había sido de su contraparte mexicana, el liberal más puro de nuestro siglo XX, don Daniel Cosío Villegas. Tuve la fortuna de ser su discípulo y todavía en vida comencé a escribir su biografía. Mi admiración por su trayectoria consta en ese libro publicado en 1980, pero no ha dejado de aumentar por razones que he venido descubriendo al paso del tiempo. Ahora que se cumplen 25 años de su muerte es momento de recontarlas. Se resumen en una frase que podría haber sido su epitafio: se responsabilizó de la vida intelectual mexicana.

La Revolución había mermado los cuadros intelectuales y académicos del porfiriato, y por ello esa generación nacida a fines del siglo XIX (conocida como la de los “Siete sabios” y que Gómez Morín bautizó como la Generación de 1915) tuvo que responsabilizarse muy pronto de áreas públicas fundamentales: hacienda y finanzas, sindicatos y gobierno, cultura y educación. A sus 25 años Cosío Villegas impartía una cátedra de “Sociología mexicana” cuyo principal objetivo era conocer empíricamente la realidad social del país sin distorsiones partidistas o ideológicas. A mediados de los años veinte, Cosío fue uno de los primeros jóvenes mexicanos en salir a estudiar a universidades de Estados Unidos, Francia e Inglaterra. El efecto de esa experiencia fue duradero: comprendió el rezago de la universidad mexicana que había dejado de ser pontificia pero no pontificadora, una universidad sin orientación ni vocación para el conocimiento. De vuelta en México, tras un paso fugaz como secretario de la Universidad (donde una turba juvenil estuvo a punto de lanzarlo por una

ventana) comenzó a fundar cursos, publicaciones e instituciones en diversas áreas humanísticas. Las primeras fueron la carrera de economía en la Facultad de Leyes, la revista *El Trimestre Económico* y el Fondo de Cultura Económica. Antes de producir conocimiento había que traerlo, por eso empezó por propiciar la traducción de los clásicos antiguos y contemporáneos y tuvo en su momento la idea de asilar en México a los traductores mismos, a los transterrados españoles. Los beneficios que México y América Latina obtuvieron de esa capitalización intelectual fueron tan grandes como las pérdidas de España, que aún no se repone de esa sangría. Además de incorporarse al Fondo como traductores, los españoles, como se sabe, se establecieron en La Casa de España en México y más tarde en El Colegio de México. Para entonces las áreas de responsabilidad cubiertas por las empresas culturales de Cosío comprendían la economía, la historia, los estudios sociales, la demografía y la filología. Con el tiempo se sumarían los estudios internacionales y políticos. En cada caso había una revista como vehículo de expresión y en algunos, como el de la historia moderna de México, se formaban grupos de investigación, verdaderas fábricas de conocimiento orientadas no sólo a la docencia sino a la edición y publicación. Para cerrar el círculo y poner el ejemplo, a los cincuenta años de edad el propio Cosío Villegas comenzó a volverse un productor de conocimiento histórico. “Me parece increíble la cantidad de cosas que aprendí sobre los liberales y los porfiristas” —me decía, sentado al borde de su pequeña piscina en San Ángel, enfundado en su legendario overol ferroviario, mientras acariciaba a su perrita Cléo y fumaba y tosía enrojeciendo hasta casi estallar— “es como si hu-



biese vivido en esa época”. De alguna forma había logrado, para él y sus lectores, esa trasmigración.

Hoy suena enteramente natural la vinculación de dos palabras: empresa y cultura. Es claro que el Estado no puede ni debe monopolizar las actividades de cultura, y es claro también que la cultura (en sus más variadas manifestaciones) tiene un público atento que la consume. Cosío no fue el primer empresario cultural de México (ese sitio honroso lo tiene otro liberal, Ignacio Manuel Altamirano) pero sí el primer empresario cultural moderno. Desde el principio supo que la solidez y la credibilidad de sus empresas dependía de la independencia económica que logaran. Sin un público lector suficiente y con una iniciativa privada ignorante o hasta desdeñosa de la cultura (y para colmo, concesionaria del gobierno) no había más remedio que recabar fondos de instituciones del Estado. Pero Cosío Villegas no hacía negocios con el gobierno. En sus empresas culturales la presencia oficial estaba acotada a lo específicamente cultural y era, sobre todo, transparente: compraventa de espacio publicitario en las revistas y aportaciones para las instituciones de investigación y edición que, al haber sido originalmente concebidas como asociaciones civiles o fideicomisos, no podían re-

partir utilidades ni disolverse en beneficio de sus socios. Cuentas claras: *todo público, todo publicable*. Por lo demás, Cosío Villegas buscó denodadamente diversificar esas fuentes de ingreso. Encontró apoyo en fundaciones norteamericanas y en el público lector mismo, cuando las ediciones del Fondo de Cultura Económica comenzaron a circular exitosamente por el mundo de habla hispana. Fue, en suma, un empresario cultural admirable, no sólo por sus ideas e iniciativas sino por su habilidad administrativa y su rectitud moral: estaba en todo, evitaba el despilfarro, rechazaba la mentalidad becaria, cuidaba la calidad y originalidad de las obras, y tenía como imperativo servir al público, no servir al poder y, menos aún, servirse de él.

“Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa —dijo a sus alumnos en su curso inaugural, en 1925— pero crítica, siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa ... Las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado saber con lo que no se cuenta que jactarse de lo que se posee.” Entonces su tema fue la deficiente organización agrícola de México. Al inicio de los treinta, la endeble economía: al final de esa década fervorosa y fanática, como buen liberal criticó tanto al fascismo como al comunismo. En los cuarenta y cincuenta, desde esa misma postura fustigó a los dictadores de Latinoamérica, pero con igual preocupación advirtió el riesgo de una revolución marxista en nuestros países. En 1947 publicó el ensayo crítico más sólido de nuestro siglo xx, verdadero obituario de la Revolución institucional: “La crisis de México”, Cosío Villegas tenía una inclinada vocación natural por la independencia. Pero no era fácil ejercerla en el México que le tocó vivir. Hay una correlación directa entre la actividad crítica de Cosío y su autonomía —sobre todo económica— respecto a los sucesivos gobiernos. Entre 1957 y 1968, por ejemplo, Cosío fungió como representante mexicano en el ECOSOC, una agencia clave de las Naciones Unidas. En esos años avanzó en la hechura de sus tomos de historia porfiriana y escribió ensayos memorables sobre América Latina, pero respecto a México su actividad crítica disminuyó y él lo sabía. Por eso en 1965 apuntó que nada urgía tanto como “devolverle su sentido real, verdadero y desnudo” a la vida política mexicana, pero “el buen éxito de esa empresa —agregaba— exige mucho más trabajar fuera que dentro del gobierno ... y pensar por sí mismo, heterodoxamente si es necesario”. Sólo así el intelectual podía cumplir con la “más hermosa tarea que pueda ofrecérsele: transformar el medio en que por ahora está condenado a vivir para

hacerlo propicio a una acción política realmente inteligente". Esas palabras cobraron vida tres años más tarde. El movimiento estudiantil de 1968 desató las amarras. Don Daniel gestionó su jubilación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y a los setenta años asumió a plenitud una nueva "casaca" (como a él le gustaba decir) la casaca de crítico. Sus memorables artículos de los sábados en *Excelsior*, los ensayos que publicó en *Plural* y sus cuatro *bestsellers* en la colección *Cuadernos* de Joaquín Mortiz crearon su propia demanda y educaron a dos generaciones en la labor fundamental de decir NO al poder, y decirlo con razones. En el México contemporáneo, la crítica democrática es su deudora permanente.

"Hay que hacer pública la vida pública." La frase dio en el blanco, reveló el carácter privado de nuestra vida pública, la tenebra y la grilla, no la plaza pública y el pleno sol. El crítico del poder despertó la conciencia política de decenas de miles de lectores. Porque Cosío Villegas –otro aspecto admirable– no escribía para sí mismo ni para sus colegas. Escribía para el lector anónimo. Cuando le sometí los dos capítulos que había terminado sobre su biografía me comentó, no sin cierta tristeza: "no sé si tengan interés para los lectores". Para entonces la comunicación con los lectores era su fuente de alegría y esperanza. Por eso ideó y realizó la *Historia mínima de México*, emprendió la *Historia de la Revolución Mexicana* y comenzó a aparecer con regularidad en charlas de televisión, si bien con comentarios sobre la vida internacional. Tengo entendido que concibió la idea de producir programas para ese medio masivo, pero su lenguaje propio, como es obvio, era el escrito.

Lo cual me lleva a otra zona admirable de don Daniel: la del escritor, un "escritor parejamente sombrío" según su propio concepto, pero que en sus ensayos y notas, en sus libros de historia y artículos de crítica ofrece mucho al lector. Ante todo un pensamiento claro, sin rebuscamiento, una prosa limpia, activa, directa, sustantiva: "usa un sólo adjetivo –le había prescrito su maestro, Pedro Henríquez Ureña– el justo, el preciso". Un temprano y justificado fracaso como cuentista, una marcada sordera para la poesía, y la conciencia de que esas parcelas estaban habitadas por los grandes autores del Ateneo o por los Contemporáneos, favoreció su inclinación hacia el género del ensayo. Llegó a practicarlo no sólo con gracia y elegancia sino con fuerza, como una derivación natural de su carácter crítico e independiente. Creaba sus propias categorías de análisis y era casi inmune al adoctrinamiento ideológico o académico. Al final le daba una importancia suprema a la calidad de la expresión. Odiaba



ba los terminajos pseudocientíficos. Lo exasperaban las comas.

Aquella mañana del 10 de marzo de 1976, doña Emma y Emma chica, sus nietos y unos pocos familiares, sus discípulos de varias generaciones y algunos amigos nos reunimos a despedirlo en el Panteón Jardín. El Secretario de Educación pronunció unas palabras que no venían al caso. Creo que nadie más se atrevió a hablar, no por temor sino por el azoro de su muerte repentina y la dolorosa conciencia del hueco que dejaba. Cuánta falta nos haría en los sexenios siguientes. Sus tertulios extrañaríamos las comidas de los lunes en "La Lorraine". Pero allí estaban sus instituciones perdurables, los cuadros académicos que formó y sobre todo sus libros. En lo personal sentí como si un abuelo mío, severo y sabio, hubiese muerto. Bordeé la tumba y de pronto, tras un ciprés, advertí la presencia de un escritor que había venido a rendir tributo al empresario cultural e historiador. Yo nunca lo había visto en persona ni había hablado con él, pero ese día, póstumamente, don Daniel me lo presentó. También aquel hombre se hizo cargo de zonas centrales de la vida cultural y política de México por más de medio siglo: era Octavio Paz. Hoy ambos pertenecen a la Historia que con tanto denuedo construyeron. La más hermosa tarea que, con todas nuestras limitaciones, pueda ofrecérsenos es, sencillamente, continuarlos. ©

El estudio del poder y el poder del estudio: Daniel Cosío Villegas

Hace un cuarto de siglo murió Daniel Cosío Villegas, educador, estudioso y crítico singular de los procesos políticos del México moderno y contemporáneo. Es claro que de entonces acá el país ha cambiado, sin embargo, muchas cosas persisten, entre otras, la necesidad de seguir examinando y construyendo nuestra vida pública con un espíritu e intensidad similares a los empleados por don Daniel.

Como lo apuntara el propio Cosío en sus *Memorias*, la elaboración de su gran obra historiográfica y que inició ya cumplidos los cincuenta años –los diez grandes tomos de la *Historia moderna de México* (1955-1972) con que buscó captar y explicar la historia política, económica y social del régimen liberal que se inició con Juárez y concluyó con la caída de Díaz–, surgió no como un mero proyecto académico sino como un intento muy personal de dar respuesta a una pregunta “angustiada”: ¿cómo explicar que el régimen que sustituyó al porfirista, es decir, el revolucionario, que tanta sangre y destrucción costó, hubiera terminado por convertirse en poco tiempo en un neoporfirismo?¹ El origen del fracaso de la Revolución debía encontrarse en su antítesis, en el porfiriato. Y el fracaso del porfiriato en algún punto de su brillante antecedente: la República Restaurada.

La angustia, disgusto y decepción de Cosío Villegas con la vida cívica del México de su tiempo, surgió de constatar que a menos de tres lustros de haber concluido el gobierno del general Lázaro Cárdenas, el país estaba ya dominado por un “neoporfirismo”. La reacción inicial de Cosío a esa afrenta se dio en el terreno del en-

sayo y la crítica moral, es decir, en su célebre “La crisis de México” (1947).²

“La crisis” fue, a la vez, una descripción y una explicación del fracaso de la Revolución Mexicana para cumplir con sus promesas fundamentales de justicia social y democracia política. El escrito tuvo un impacto inmediato porque fue una condena implacable de la clase política revolucionaria en su conjunto, por no haber sabido o querido estar a la altura de las circunstancias que le exigió la historia y haber sucumbido a la corrupción en gran escala propiciada por una estructura política, basada en la irresponsabilidad y la impunidad de una presidencia sin contrapesos.

Del ensayo –la condena moral– Cosío pasó a la explicación de fondo: a la investigación del origen histórico del “mal de la época”: de las razones que hicieron que lo que había empezado bien –la República Restaurada–, terminara mal –el porfiriato– y siguiera mal –la posrevolución.

A Cosío Villegas le cuadró explicar los grandes procesos políticos nacionales enfocándolos desde arriba, desde las élites. Él mismo se hizo cargo de la redacción de los tomos de la vida política interna y externa y dejó a otros los relacionados con la historia social y la económica. En el enorme relato que don Daniel hace del proceso político nacional de fines del siglo XIX e inicio del XX, el pueblo sólo aparece como un telón de fondo de las decisiones, acciones y omisiones de los pocos que realmente tenían opciones: los presidentes, sus secretarios de Estado, los gobernadores, generales, legisladores, jueces, caciques más un puñado de intelectuales y escritores. Ellos eran los que

¹Cosío Villegas, Daniel, *Memorias* (México: Joaquín Mortiz, 1976), p. 199.

²*Cuadernos Americanos* (marzo-abril, 1947), pp. 29-51.



estaban en la posibilidad de ejercer una libertad, relativa pero suficiente, en el campo del poder.

La élite de la República Restaurada, le pareció a Cosío un conjunto de “gigantes” con los que él se identificó desde entonces y hasta el final. Sin embargo, esos gigantes durarían poco y serían sustituidos por uno solo: el presidente “necesario”, por Díaz, el político hábil que nunca supo o quiso estar a la altura de su desafío, modernizar a México no sólo en lo material sino en lo político, es decir, en su espíritu cívico. Ahí falló rotundamente.

Ya otros han hecho el análisis detallado de la monumental *Historia moderna*, es decir, del liberalismo mexicano hecho sistema de gobierno y poder.³ Tras cerrar el examen del régimen porfirista, el esfuerzo intelectual y organizativo de Cosío Villegas se dirigió naturalmente a la etapa siguiente, a examinar el fracaso del nuevo régimen. Sin embargo, a la elaboración de la *Historia de la Revolución Mexicana*⁴ —un periodo que él mismo había vivido de cabo a rabo—, Cosío ya no le dedicó la misma energía que a la etapa anterior: no

³Krause, Enrique, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (México: Joaquín Mortiz, 1980), pp. 177-203; Hale, Charles, “The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the *Historia moderna de México*”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, núm. 3 (agosto, 1974), pp. 479-498.

⁴Se trató de una publicación de 23 volúmenes dirigida por Luis González y firmados por distintos autores y publicados por El Colegio de México entre 1977 a 1981.

podía y, además, ya sabía su secreto, ya no representaba un reto intelectual. Se contentó, pues, con organizar y dirigir el proyecto desde una cierta distancia, al igual que el de la *Historia general de México* y la *Historia mínima de México*. Sin embargo, la idea seguía siendo la original: descubrir, describir y explicar la ausencia de una vida cívica digna en México.

En los que serían sus últimos años, Cosío, además de supervisar el avance de la investigación sobre la historia de la Revolución, decidió volver al ensayo e intentar un diagnóstico muy personal sobre la última etapa del “mal de la época”: el presidencialismo. En realidad, don Daniel ya estaba en eso a partir del fatídico 1968 —el Tienanmen mexicano— mediante su ensayo semanal en las páginas del *Excelsior* de Julio Scherer. De ese ensayo periodístico pasó al ensayo de fondo con la redacción de una tetralogía sobre la situación política mexicana de los años setenta.

Para ese momento el sistema político posrevolucionario había dejado atrás el “periodo clásico” y había empezado a entrar en el de su decadencia. Los indicadores estaban ahí: el 68 y las guerrillas rurales de Guerrero y las urbanas del Distrito Federal o Monterrey, el caos fiscal del “neopopulismo”, la inflación, el déficit externo, la pésima distribución del ingreso; en una palabra, la crisis del “desarrollo estabilizador”.

Cosío Villegas, en su calidad de crítico liberal, enfocó sus baterías en lo que él llamó “el estilo personal de gobernar” de Luis Echeverría. Para entonces Cosío había logrado una relación cercana con su “objeto de estudio”: el presidente y varios miembros del “primer círculo del poder” —Porfirio Muñoz Ledo, Mario Moya Palencia, Fausto Zapata y Jesús Reyes Heróles—, y sólo su arraigada independencia impidió que ese contacto con un poder peligroso y tóxico para otros intelectuales, terminara en cooptación. La tensa relación personal de Cosío con Echeverría y los suyos, permitió al escritor ver de cerca a la presidencia autoritaria y lanzar con mejor efecto los dardos de la crítica. La situación terminó por irritar al “objeto de estudio”, que si bien por un lado le hizo objeto de deferencias, por otro, alentó la publicación de críticas anónimas y bajas contra el crítico público.⁵

Fue en esas condiciones que Cosío demandó un cubículo en El Colegio de México y un fluir hacia él de material de

⁵ El más conocido es el folleto anónimo, repartido profusamente por correo a los cercanos a Cosío Villegas en 1974 y que se tituló “Dany, el sobrino del Tío Sam”, y que según el propio afectado, salió del Banco de Obras y Servicios Públicos, *Memorias, op. cit.*, p. 288.



la Hemeroteca Nacional —en la *Historia moderna* la consulta de la prensa había sido fundamental—, para elaborar su análisis de la etapa final del régimen posrevolucionario mexicano. En 1972 apareció *El sistema político mexicano*, en 1974 *El estilo personal de gobernar* y en 1975 *La sucesión presidencial* y *La sucesión: desenlace y perspectivas*. Se trató, a la vez, de un análisis de coyuntura y de un juicio severo de toda la posrevolución, aunque acojinado por un lenguaje de doble o triple intensión. Fue ese un ejercicio de crítica que puso en el centro de la mira a un presidente todavía en pleno dominio de un poder autoritario. El riesgo era mucho, pero resultó superior el atractivo de la empresa: emplear el estudio del poder para demostrar a la clase política el poder del estudio.

Los cuatro pequeños libros de la editorial Joaquín Mortiz donde Cosío Villegas plasmó su visión del sistema de poder nacido de la Revolución Mexicana y que alcanzó su madurez tras la II Guerra Mundial e inició su descomposición en los años sesenta, no fueron muy bien recibidos por los “profesionales” del análisis político de la época, pero resultaron un éxito de librería. La izquierda, que dominaba el ámbito académico, no reconoció la utilidad ni legitimidad de un enfoque liberal, que usaba un lenguaje comprensible y se centraba en la personalidad del presidente y sus colaboradores, en vez de poner el acento en los conceptos del marxismo y en la lucha de clases y en las contradicciones insalvables del capitalismo mexicano. Por

su parte, la politología estructural funcionalista tampoco gustó del lenguaje directo y casi sin aparato teórico, y por lo mismo no le concedió el valor que le dio entonces a, digamos, el análisis harvardiano de Roger D. Hansen y a otros similares provenientes de la academia extranjera.⁶ Sin embargo, el público ilustrado, el público ciudadano de clase media, leyó bien las obras porque, entre otras cosas, reflejaban sus preocupaciones y le resultaban comprensibles.

Si Cosío centró su análisis en la presidencia y el presidente fue porque no veía viable ni conveniente la ruta armada hacia el cambio. Tampoco observó signo alguno que le permitiera considerar a las urnas como clave del cambio. Así, sólo la reforma desde dentro y desde arriba parecía ofrecer alguna posibilidad, aunque remota, de salir del callejón histórico.

En el primer libro de la tetralogía, *El sistema político mexicano*, Cosío Villegas define muy a su estilo al sistema político posrevolucionario: “se trata de una Monarquía Absoluta Sexenal y Hereditaria por Línea Transversal”.⁷ El trasfondo de esa obra es el 68 y por ello plantea que el problema central de México era que desde hacía tiempo “la

⁶Hanse, Roger D., *The Politics of Mexican Development*, (Baltimore, Md.: The Johns Hopkins Press, 1971).

⁷ P. 31.

vida pública” no era pública. La cerrazón se había iniciado justamente a partir del nacimiento del PRI en 1928, pero después del cardenismo, se había institucionalizado el “misterio” del tapadismo. A esas alturas, la política mexicana ya había dejado fuera de lo público a casi toda la sociedad, pues la naturaleza antidemocrática del sistema se había ido acentuando con el correr del tiempo.

Las estructuras o piezas centrales que explicaban y sostenían tanto la notable estabilidad como la cerrazón de la vida política en México eran sólo dos: la presidencia y el “partido oficial predominante”, es decir, el PRI. La presidencia era un poder sin contrapesos que determinaba el curso básico de la vida pública y el PRI era el instrumento eficaz pero sin independencia. En esas circunstancias, las posibilidades de poner límites al presidencialismo arbitrario eran pocas y todas antidemocráticas. Si los partidos, las organizaciones de masas o la “opinión pública, no podían ser contrapeso de la presidencia, resulta que a esa sólo la podían limitar, que no controlar, los grandes grupos de interés económico”.

El PNR-PRM-PRI, había nacido para evitar desgajamientos en la clase política y para que la lucha interna corriera por causas pacíficas. El éxito fue incuestionable, pero la moneda tuvo otra cara: la incapacidad del partido de transformarse a la velocidad que la sociedad lo hacía y requería. Se trataba de un partido enorme pero sin programa ni ideología, totalmente dependiente del presidente y centrado en las misteriosas y premodernas prácticas del “tapadismo”. En consecuencia el PRI que ya no tenía atractivo para la mayoría de la sociedad, que al no poder participar en política, tenía al sistema político en su conjunto como algo ajeno y cada vez se sentía más frustrada y desencantada con su situación y la del país.

Esa falta estructural de canales de participación política en un México estable pero antidemocrático, había propiciado el desarrollo de una estructura social inequitativa en extremo. Y cerrazón e inmovilidad políticas e injusticia social, combinaban mal con preservación de la libertad, la modernidad y la estabilidad. En el México de 1972 y a falta de mejores elementos, Cosío puso la esperanza de cambio constructivo, no en factores estructurales —no vio ninguno— sino en los muy endeblés e inseguros factores personales: en la supuesta voluntad de cambio de un “presidente predicador”, es decir, de Echeverría, y de un CEN del PRI encabezado por un intelectual: Jesús Reyes Heróles. Si los personajes volvían a no estar a la altura de las circunstancias —el tema del ensayo de 1947— el proceso político de México entraría en un callejón sin salida.



Si todavía en 1972 Cosío Villegas había considerado posible el cambio desde arriba y desde el centro, para 1974 esa posibilidad había desaparecido. En *El estilo personal de gobernar*, Cosío Villegas probó la certeza de lo advertido tres años antes por Robert Dahl: había una correlación entre el abuso de la palabra y la falta de acción decisiva: entre más se habla, menos se hace.⁸ Don Daniel contrastó a Echeverría —personaje “locuaz” y en monólogo perpetuo—⁹ con el presidente Cárdenas, un mandatario que casi no hablaba pero actuaba y con gran eficacia.¹⁰

La tesis de *El estilo personal de gobernar* era clara: en un sistema presidencialista sin límites, los defectos personales del jefe del Ejecutivo se vuelven características del sistema mismo y se amplían y multiplican hasta afectar la vida misma de la sociedad. Cuando el autoritarismo hace que la patología del líder se transforme en la patología del gobierno, entonces se está hablando de un sistema político enfermo. Cosío Villegas ya no pudo ver como su hipótesis se comprobaría perfectamente en los casos de José López Portillo o de Carlos Salinas de Gortari, hasta llegar al cambio de régimen en el 2000.

Para 1975 las fallas de la estructura política mexicana

⁸Dahl, Robert, *After the Revolution?* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1971), p. 4.

⁹*El estilo personal de gobernar*, op. cit., pp. 31 y 125.

¹⁰*Memorias*, op. cit., pp. 299-300.



anunciadas en 1972 eran hechos comprobables, y el cambio desde dentro había resultado inviable. En *La sucesión presidencial*, y echando mano a las teorías dominantes y, sobre todo, de su propia y minuciosa reconstrucción de la historia reciente —el material básico se lo dieron las sucesiones presidenciales de 1940 y, en menor medida, las de 1946 y 1952— Cosío concluyó que las características de la transmisión del mando en el sistema posrevolucionario —el “tapadismo”— las había establecido el presidente Cárdenas en 1940, cuando no pudo impedir la entrada al juego sucesorio de un actor no deseado —Juan Andrew Almazán— y se vio forzado a imponer su decisión mediante el fraude y la violencia. A partir de ese momento, cada nueva elección permitió al presidente ir afinando sus instrumentos de control al punto que, a partir de 1956, pudo ya neutralizar cualquier oposición significativa dentro y fuera del PRI. Desde entonces y hasta 1988 no se movería una hoja del árbol de la sucesión sin la voluntad presidencial, pero luego todo entraría en crisis.

Lo que Cosío Villegas puso en claro en su penúltimo libro, fue como el “tapadismo” era el máximo proceso de manipulación política que, con el correr del tiempo, había perfeccionado los mecanismos de exclusión. En ese contexto, los intereses sociales organizados —campesinos, obreros y empresarios— sólo podían, en el mejor de los casos, intentar vetar candidatos y no más. El autoritarismo

mexicano había logrado la perfección, pero a la larga le resultaría imposible mantener a la sociedad completamente fuera de un proceso fundamental de la toma de decisiones; el sistema se estaba volviendo, a la vez, más fuerte pero menos viable.

Meses más tarde salió la última parte de la tetralogía: *La sucesión: desenlace y perspectivas*. Ahí Cosío describió paso a paso el proceso mediante el cual Luis Echeverría controló el “destape” de “precandidatos” ficticios mientras se reservó para sí la decisión final. Con variantes, esta perversión de la democracia interna del partido oficial se volvería a repetir hasta agotarse. Cosío Villegas también explicó la necesidad ineludible de López Portillo de romper más temprano que tarde con quien le había entregado el poder, con Luis Echeverría. Como sabemos, la predicción, resultó exacta pero finalmente no resolvió ningún problema de fondo.

¿Cómo y qué concluir? Cosío Villegas fue un intelectual y un académico que cumplió de manera clara con las obligaciones que le imponían el papel que él eligió desempeñar. Eligió de entre los instrumentos a su alcance, los que mejor le parecieron para desentrañar “el mal de su tiempo”: la ausencia en México de una vida pública digna de tal nombre debido a un presidencialismo sin contrapesos. Sin ser revolucionario pero sí fiel a su propia ética —una ética liberal—, asumió una actitud muy crítica frente a un sistema de poder que, como en el porfiriato, volvía a violar sistemáticamente su propio marco legal y moral y, en el proceso, pervertía la totalidad de la vida pública mexicana.

Cosío Villegas, pudo haber optado por refugiarse en sus tareas como administrador o como investigador del pasado para excusarse de tomar partido en el presente. No lo hizo. Si bien no buscó el choque frontal con el poder, cuando lo juzgó adecuado, no dudó en poner bajo el lente de la crítica a un presidencialismo perverso que si bien ya tenía su legitimidad mermada, aún mantenía un enorme poder. Un poder que hubiera destruido, si se lo hubiera propuesto, a personajes con mucho más recursos que los que tenía don Daniel. Pese a todo, Cosío Villegas tomó el riesgo y entonces como hoy, se lo agradecemos. La figura objeto de su crítica, Luis Echeverría, pierde peso con el paso del tiempo y a la de Cosío Villegas le sucede lo opuesto. A un cuarto de siglo de la muerte de Cosío Villegas, se puede discutir si sus análisis fueron los mejores sobre la realidad de su tiempo —personalmente los considero certeros en la identificación del “mal de su tiempo”—, pero no creo que nadie discuta el valor del ejemplo. ☾

El legado de Daniel Cosío Villegas, 25 años después

Para algunos, un cuarto de siglo pasa aprisa, junto con el olvido. No en este caso, el de Daniel Cosío Villegas. Antes bien, su figura se agiganta. Yo lo conocí a mi regreso en septiembre de 1940 de mis estudios universitarios en Inglaterra, llevado a visitarlo por Javier Márquez, quien trabajaba en la pequeña oficina del Fondo de Cultura Económica de la calle Madero, en el edificio del Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas. Tenía pocas referencias de él, aunque sabía que había tenido a su cargo la representación diplomática de México en Portugal hacia fines de 1936, pues mis hermanas habían sido inscritas en una escuela británica en esas fechas en Carcavellos, unos kilómetros al norte de Lisboa. Mi plática con él fue breve: me encargó la traducción de un libro de texto de economía, titulado simplemente *Economics*, del profesor Frederic Benham, quien, daba la causalidad, había sido maestro mío en 1937-1938 al impartir él un curso elemental de economía en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres, curso que, leído perseverantemente su largo tren de páginas por su autor, fue el texto que compramos todos los alumnos. Así es que conocía bien el libro, gracias al cual pasé bien los exámenes de primer año. Ni siquiera le pregunté a don Daniel cuánto pagaban por la traducción, tan necesitado estaba yo de un ingreso adicional al del modestísimo sueldo con que me había iniciado en el Departamento de Estudios Económicos del Banco de México. El único consejo que me dio don Daniel fue que leyer a Azorín, para “agarrar” buen estilo, y que me acordara que los adjetivos, en español, suelen ponerse después del sustantivo, y los adverbios tras los verbos, al revés de lo común en la lengua inglesa. El Fondo empezaba ya a tener temor de los anglicismos y de las malas traducciones; de éstas se podría hacer antología durante muchos años, como comprobé yo repetidamente.

Concluida la traducción, un día la vi publicada bajo el título *Curso superior de economía*. ¿Cómo andarán los estudios de economía en México si ése será el curso “superior” que en Londres nos daban en primer año?, me dije. ¿Y cuál será el “inferior”? Pues resultó ser uno que traducía Javier Márquez, por cierto muy bien traducido, que en Inglaterra se ponía a nivel de bachillerato o preparatoria. Menos mal que ambos libros alcanzaron en México reimpresiones sucesivas para ilustrar a los economistas en formación. Cuando escribí a mi profesor enviándole la traducción impresa, recibí una atenta nota de respuesta; tal vez la palabra “Superior” le llamó la atención. Hubo, por supuesto, otra obra con el título *Curso medio de economía*, de un autor alemán, traducido a un español ininteligible, creo que más bien por deficiencias del alemán original.

Más adelante, impulsado además por Javier Márquez, seguí haciendo traducciones para el Fondo de Cultura Económica, una de ellas al alimón con él, sobre comercio internacional. Los que traducíamos para el Fondo pronto tuvimos una relación más cercana con don Daniel, así como con don Alfonso Reyes, cuya oficina estaba al lado, allí en Madero como después en Pánuco 63. Este último era el verdadero centro intelectual, pues Daniel Cosío y Alfonso Reyes, presidente entonces de El Colegio de México, disponían en la calle Pánuco de oficinas que nos parecían casi grandiosas, y el personal del Fondo había aumentado. Se organizaron seminarios multidisciplinares, sobre América Latina y sobre la Posguerra. En 1943 se abrió un Centro de Estudios Sociales dirigido por José Medina Echavarría, con profesores de la talla de Manuel Pedroso, José Gaos, Ramón Iglesia, Silvio Zavala, Vicente Herrero, José Miranda y otros; yo enseñaba economía y demografía al peque-



ño grupo de alumnos, y los ponía a leer y les pedía escribir reseñas de libros, para mayor seguridad.

Cosío Villegas intervenía en todas estas actividades. Viajaba también a Sudamérica, en la época del DC-3, en busca de autores para la Colección Tierra Firme del Fondo; conocía a medio mundo en Buenos Aires. Él influyó en la primera invitación que hizo el Banco de México a Raúl Prebisch en 1943. Desde el Banco de México, don Daniel, en 1941, había dado impulso a los estudios industriales, asunto que interesaba a Eduardo Villaseñor, su Director General. Se encargó la dirección de esos estudios al sabio ingeniero don Gonzalo Robles.

Cuando empezaron a llegar las propuestas norteamericanas y británicas para el orden monetario y financiero mundial de la posguerra, Cosío Villegas inició su examen, dada su experiencia como agregado financiero de la embajada de México en Washington unos años antes y su participación temprana en una conferencia panamericana en Montevideo en que se trataron algunos de esos temas. Tuve la suerte de acompañarlo en los estudios de la posguerra desde las primeras etapas, pues mis antecedentes de formación en Londres habían abarcado cursos y lecturas sobre moneda y banca. Para el primer análisis insistió él en que nos fuéramos a Acapulco un mes, para no tener distracciones en el Distrito Federal, y allí redactamos el infor-

me que dio pie a la posición que llevaría México a Bretton Woods, hábilmente negociada en 1944 por el licenciado Eduardo Suárez, Secretario de Hacienda, y presentada por Rodrigo Gómez. A nosotros nos tocó atender los asuntos relativos a la creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (hoy Banco Mundial), en la comisión encabezada por Keynes.

Para entonces no sólo tenía yo con Daniel Cosío una amistad que rebasaba las formalidades de la relación de trabajo, sino que empecé a darme cuenta de su vasto interés y conocimiento de las ciencias sociales y de la historia contemporánea de México, y comprendí que entre los muchos mayores con los que yo trataba podía aprender de él más que de ningún otro, por su rigor, su absoluta honestidad intelectual, su defensa de las mejores causas. Le consultaba yo infinidad de cosas, a veces los domingos por la mañana en su casa de San Ángel, en su biblioteca o dando pasos en el jardín. Es claro que él influyó mucho en mí, aunque teníamos también diferencias. Le sugería libros para ser traducidos y editados por el Fondo de Cultura Económica. Me confió él a su vez la dirección de *El Trimestre Económico*.

Cuando estuve fuera del país un par de años, de 1947 a 1949, mantuve contacto epistolar con él. En los años cincuenta, de mi trabajo con Prebisch y la CEPAL, compartía con don Daniel mis experiencias en Centroamérica cuan-

do ayudaba yo en la construcción institucional del mercado común y la integración económica de esa región. Cosío conocía bien una parte de esa zona; en cierto momento pude serle útil en sus gestiones para consultar los archivos históricos de Guatemala. En fin, cuando dejé la CEPAL en 1958 y él era embajador representante de México ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, me invitó a formar parte de la delegación a la reunión ese año en Ginebra, en que él se desempeñó muy eficazmente, en forma destacada e inteligente. Compartimos también unos días en la subsiguiente Asamblea General de Naciones Unidas. Y en 1959 lo acompañé de nuevo a Ginebra.

Más adelante, dedicado él ya de lleno a la Historia Moderna de México, lo veía con frecuencia en su oficina de la Torre Latinoamericana. Tuvo tiempo también en esos años para ayudar a crear la Escuela de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y para establecer el Centro de Estudios Internacionales y el Centro de Estudios Económicos y Demográficos en El Colegio de México; de él fue, enteramente, por cierto, la idea de incluir los estudios demográficos. En esas tareas también me invitó a colaborar. En El Colegio, se veía que su nueva dedicación a la historia le absorbería todas sus energías, que eran muchas, y un día nos pidió al licenciado Antonio Martínez Báez y a mí que hiciéramos las gestiones para invitar al doctor Silvio Zavala, entonces en París, a sucederlo en la Presidencia de El Colegio de México, como efectivamente ocurrió en 1963. Sin embargo, don Daniel mantuvo su mirada crítica sobre lo que ocurría en El Colegio, y cuando el doctor Zavala aceptó en 1966 el nombramiento como Embajador de México en Francia, ofreciéndome a mí que asumiera la presidencia de El Colegio, tuve que soportar de don Daniel uno de esos regaños epistolares que lo hicieron famoso, en este caso para insistir en que mi paso por la presidencia no fuera simplemente interino —observación a la que no me fue necesario hacer caso, pues me había permitido dejar bien en claro a la Junta de Gobierno que aceptaría la designación siempre que asumiera plenamente las funciones del cargo, sin límite condicionado.

Don Daniel se alejó al principio un poco de El Colegio, pero surgió la idea de hacer la Historia de la Revolución Mexicana, y con ese motivo, y con el apoyo que pude darle al proyecto, sobre todo ampliando el presupuesto necesario y ayudando a conseguir los fondos, le ofrecí un cubículo y los servicios necesarios para sus propios escritos, ya centrados en el periodismo crítico de la vida política en México. Estos temas los discutíamos mucho con Cosío en las célebres comidas de los lunes con un peque-



ño grupo de profesores, en La Lorraine y a veces en el Centro Gallego.

En los años que siguieron, cuando llegó el momento de obtener apoyo presidencial para ampliar las actividades de El Colegio y poder concentrarlas en un edificio diseñado ex profeso, y habiéndose superado ya todos los trámites, me aceptó don Daniel una visita a la obra, él ataviado con su clásico overol de ferrocarrilero, en una camioneta que recorrió las partes transitables del predio. Su comentario no me fue muy favorable: “Esto se ve demasiado grande, Victoriano” (como me llamaba). Pocas semanas después sobrevino su fallecimiento.

Eran otros tiempos. Veníamos de edificios pequeños, insuficientes, y de una veintena de departamentitos y casas viejas de la colonia Roma. En la biblioteca no cabía ya ni un opúsculo del mismo don Daniel. Había necesidad de más salones de clase, de decenas de cubículos, de un gran auditorio, de un centro de cómputo, de espacios para encontrarse todo el mundo, bueno... de todo. El Colegio entraba a una etapa ampliada, de hecho generada por el pensamiento y la acción del propio don Daniel.

Aparte de las anécdotas, la trayectoria de El Colegio llevaba a la conversión de esta institución, como alguna vez escribí, en “El Colegio de las Ciencias Sociales”, sin menoscabo alguno de su tradición ya establecida como centro de



estudios históricos y filológicos, y fortalecido por las nuevas áreas de estudio y de investigación que se incorporaron de 1960 en adelante —por más que algunos profesores empezaron a añorar la época primitiva, los “viejos tiempos”. La expansión fue fruto de la gran visión que tuvo Daniel Cosío Villegas. Su experiencia anterior había sido amplia y variada. Como diríamos ahora, su enfoque fue desde un principio “multidisciplinario” o “transdisciplinario”, a la vez que humanista. Lo había mostrado desde joven, al pasar del derecho a la sociología, después a la economía y las finanzas, a la economía agrícola y la industrial, a la estadística y la demografía, a la diplomacia y a la politología.

En el Fondo de Cultura Económica, su labor lo llevó muy pronto a una amplia gama de sectores de las humanidades y las ciencias, a acercarse a las novedades salidas de universidades norteamericanas y europeas, al conocimiento que aportaban personalidades distinguidas de buen número de países de la región latinoamericana. Su íntimo aprendizaje de las realidades mexicanas, su intuición histórica, lo llevaron a vincular nuestra existencia pasada y la reciente como nación con la actualidad del país en los umbrales de la segunda Guerra Mundial. Su cercanía a la tragedia de España lo hacía muy sensible a lo que podía venir después. Por ello contribuyó notablemente a que el gobierno de México invitara a los universitarios y otras luminarias del sector intelectual de España a trasladarse a lo que fue La Casa de España en México. Le atrajeron, y le preocuparon, los planes y proyectos para la posguerra que emanaban de Estados Unidos, casi sin consulta con otros países, salvo Gran Bretaña, y a espaldas de las naciones latinoamericanas, incluido México.

Sin embargo, El Colegio, que sucedió a La Casa de España, no podía abarcar sino un número limitado de las ramas del saber. En 1960, su presupuesto era probablemente todavía inferior al millón de pesos anuales; alcanzaba para muy poco. No obstante, se había formado ya una buena biblioteca, y existía una intangible solidaridad entre los maestros y entre los alumnos, centrada en la dedicación académica, sin desvíos ni complicidades. Ya era El Colegio un centro de debates. El insistir en profesorado que tuviera amor por la investigación, a tiempo completo, con alumnos también de dedicación plena, creaba condiciones poco comunes en México para la continuidad de las tareas académicas, en forma rigurosa y cumplida.

El legado de don Daniel fue muy rico. Entre otras cosas se materializó en la formación de algunas centenas, quizá más, de egresados que han destacado en todos los órdenes, en la publicación de obras importantes, en un personal académico en su gran mayoría consciente del valor de la tarea empeñosa iniciada años atrás y carente de las tentaciones del poder político, y en un acervo de lo que hoy llamaríamos “informática” que él, Cosío Villegas, apenas visualizó como se le muestra en el relieve hecho por el gran artista regiomontano, Federico Cantú —que se colocó el día de la inauguración del presente edificio—, como libros bajo el brazo, aun cuando debe reconocerse que aprendió él mismo el valor de la comunicación por los medios electrónicos, en que sobresalió repetidas veces.

Todo legado debe cuidarse y mejorarse. A esa tarea nos hemos dedicado la mayoría en esta institución, en un país donde las instituciones se estancan, se petrifican, en lugar de evolucionar hacia nuevas realidades, conforme a principios incólumes. Eso es lo que nos enseñó Daniel Cosío Villegas. €

Crónicas de Roberto Arlt en El Nacional (1937-1941)

La editorial Losada publicará este año en Buenos Aires un conjunto de crónicas desconocidas del escritor argentino Roberto Arlt (1900-1942) que aparecieron en el periódico mexicano El Nacional entre 1937 y 1941. La edición ha sido preparada por Rose Corral, profesora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Ofrecemos un fragmento de su introducción al volumen y dos de las crónicas de Arlt publicadas en México.

Roberto Arlt supo muy pronto, desde finales de 1928, que las exitosas “aguafuertes porteñas” —la columna que había empezado a escribir unos meses antes en el periódico *El Mundo*— se reproducían en diarios uruguayos y chilenos, y también en diarios de provincia.¹ Menciona el hecho en una crónica publicada el 31 de diciembre de 1928: “Diarios uruguayos, *El Plata* por ejemplo, han reproducido con harta frecuencia mis notas. Sé también que diarios chilenos publican mis aguafuertes, en las provincias nuestras, pasa algo parecido”.² Pero lo más probable es que nunca supo que se leyeron en México muchas de las crónicas que escribe en *El Mundo* en los últimos años de su vida, a su regreso de España y Marruecos.

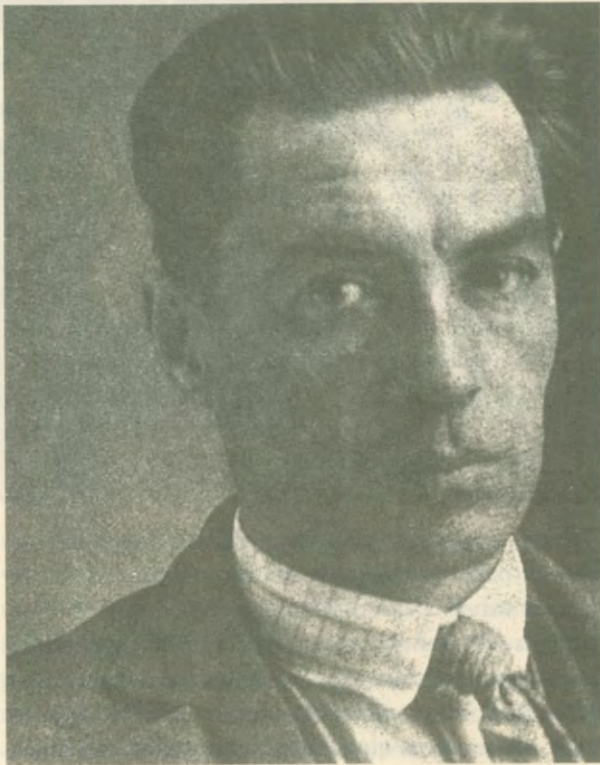
A lo largo de cuatro años, entre julio de 1937 y diciembre de 1941 se publican en *El Nacional* (periódico fundado en 1929 por el Partido Nacional Revolucionario y que acaba de desaparecer en septiembre de 1998) setenta y tres crónicas de Roberto

Arlt que pertenecen a su columna “Al margen del cable”. El hallazgo hecho en México obliga a volver la mirada sobre el tipo de crónica que escribe en esos años y a reflexionar sobre sus características y aciertos. En su mayoría, se trata de excelentes recreaciones literarias de noticias internacionales, de los cables escuetos e informativos que suelen llegar a las redacciones de los periódicos, cables que en algunos casos Arlt transcribe como un epígrafe, al inicio de su crónica. Esta columna que fue por lo visto igualmente apreciada, que viajó por el continente y llegó a un gran público lector, permanece prácticamente ignorada en su totalidad.

Arlt entra de incógnito —no se menciona la procedencia de la nota— en la página editorial de *El Nacional* el 3 de julio de 1937 con la crónica intitulada “El bacilo de la neutralidad en Escandinavia”. Arlt cuestiona la supuesta “neutralidad” de los países escandinavos frente a la amenaza creciente de guerra en Europa, en realidad una carrera armamentista encubierta, y desmonta con lucidez e ironía el lenguaje de los políticos escandinavos, la manipulación y tergiversación de las palabras, tal como lo había hecho varios años antes en algunas de sus “aguafuertes porteñas” con la política argentina. Parece evidente que el peligro inminente de guerra, y en particular el seguimiento que lleva a cabo Arlt de los signos precursores de la Segunda Guerra Mundial en distintos escenarios, europeos y asiáticos, antes de su estallido en septiembre de 1939, es de todos los temas que trata Arlt en esos años el que interesa sobre todo al periódico mexicano. Pero no es el único. También se reproducen otras crónicas en las que recrea noticias que pueden parecer menores, noticias “perdidas entre espesas columnas de

¹ Las “aguafuertes”, que en un principio *El Mundo* publica a diario con las viñetas de Bello, convierten muy pronto a Arlt en un periodista famoso. Como lo relata en la nota “El placer de vagabundear” (20 de septiembre de 1928), Arlt recorre las calles de su ciudad en busca de temas para sus notas: como “un soñador irónico y un poco despierto”, atento a los “extraordinarios encuentros de la calle”, el escritor recuerda la “utilidad de darse unos baños de multitud y de callejeo”. Roberto Arlt, *Aguafuertes, Obras completas*, t. 2, prólogo de David Viñas, 1998, pp. 115-117. Arlt es en sus “aguafuertes” un agudo observador de la sociedad porteña de los años veinte y treinta y sus numerosas estampas, conocidas hoy todavía parcialmente, son un testimonio de la vida cotidiana de Buenos Aires, de los tipos de barrio y del lenguaje vivo del “hombre de la calle”. Ante el éxito de su columna, la editorial Victoria decide publicar en forma de libro, en 1933 y en vida del autor, la primera selección de “aguafuertes”.

² Roberto Arlt, “La crónica n° 231”, *Aguafuertes...*, p. 369.



tragedia internacional”.³ Vuelve asimismo sobre temas siempre seductores tanto en su ficción como en sus crónicas: el mundo del delito y sus conexiones con el poder político y económico, las “vidas novelescas” de aventureros e inventores, las ciencias ocultas y la política. En 1939, a raíz del estallido de la guerra, Arlt se suma a la discusión sobre el incierto porvenir de Europa y reflexiona sobre el peligro que corre la cultura, un tema muy debatido en esos años. Sólo dos de las crónicas publicadas por *El Nacional* tienen que ver con asuntos nacionales o regionales. En enero de 1938, con el título “Sed en Santiago”, se recoge una de las nueve notas que Arlt dedica al problema de la sequía en la provincia argentina de Santiago del Estero y, en febrero de 1941, se reproduce una de las “Cartas” que desde Chile el escritor envía a la redacción de *El Mundo*: “La necesidad del Transandino”.

La presencia de Arlt en la página editorial del periódico y el prolongado tiempo en que se reproducen sus notas no son frutos del azar: sólo pueden explicarse por el interés sostenido que generan sus crónicas y por la afinidad o

³Roberto Arlt, “La ciudad sumergida en el bosque”, *El Nacional*, 2 de septiembre de 1937 y *El Mundo*, 18 de junio de 1937.

coincidencia entre la postura de Arlt sobre la guerra en particular y la del periódico mexicano.

Las notas de Arlt siguen apareciendo con regularidad hasta abril de 1938 y por lo general se publican un mes después de su aparición en el diario porteño. Luego de una interrupción de cinco meses que corresponde a una interrupción similar en las colaboraciones de Arlt en *El Mundo*, reaparece una nueva nota el 18 de septiembre. Finalmente, el 9 de noviembre de 1938, cuando el nombre de Roberto Arlt debía ser ya un nombre familiar para los lectores del periódico y cuando suman veintisiete las crónicas suyas publicadas, se señala por primera vez junto al título de su crónica, “Contrabandistas de su propia fortuna”, la procedencia: “De *El Mundo*, Bs As”. En muy contadas ocasiones aparecerá de nuevo esta mención. En 1939 se intensifica la presencia de Arlt en las páginas del periódico mexicano: sale un promedio de dos crónicas suyas por mes. Es también el año en que Arlt publica en *El Mundo* la mayor cantidad de crónicas. En 1940 sólo se registran nueve notas y finalmente dejan de aparecer en diciembre de 1941 con la nota titulada “Jack London, los perros rusos y los tanques alemanes”, siete meses antes de la muerte de Roberto Arlt.

Pero ¿qué diario es *El Nacional* a finales de los años treinta cuando aparecen las crónicas de Arlt en sus páginas? Después de un periodo de búsqueda y de ajustes, el periódico se convierte a partir de la presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) en el periódico oficial del gobierno. El dato es importante. Se trata de una etapa significativa del periódico, una etapa combativa que defiende las conquistas sociales del momento, la expropiación petrolera, la reforma agraria, conquistas a las que se oponía la prensa de la época ligada a intereses conservadores. En política exterior, Cárdenas defiende a la República española y después de la derrota acoge a miles de exiliados. En el mismo periodo empiezan a llegar a México perseguidos políticos, víctimas del nazismo en auge en Europa. Es en esta peculiar coyuntura que se insertan las notas de Arlt.⁴

El cronista Arlt de esos años no se entiende sin el escritor que hay en él, sin el poderoso novelista de *Los siete lo-*

⁴Curiosamente, la única nota en que Arlt se ocupa de un asunto mexicano no se reproduce en *El Nacional*. El 25 de noviembre de 1938 en “Pesca, y no de peces”, Roberto Arlt recrea un episodio del espionaje militar japonés en las costas mexicanas del Pacífico durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. En el mejor estilo de las notas que escribe en esos años, Arlt combina la construcción y narración de una intriga —las actividades de militares japoneses disfrazados de humildes agricultores— con la noticia política.

cos. La crónica es en Arlt un género que corre paralelo a su ficción, la alimenta en varios sentidos, un género que a la vez se enriquece con el talento narrativo del novelista. Parece difícil concebir una práctica sin la otra, o en todo caso parece difícil no admitir que existan huellas de una en otra. Por otra parte, existe una continuidad indudable entre algunos de los temas y obsesiones de Arlt en su narrativa y en estas notables crónicas, un género por naturaleza híbrido en el que la invención colinda con la noticia, el suceso actual. Aunque existen en el conjunto de las crónicas distintos grados de invención, algunas son glosas de la noticia, más cercanas al acontecimiento que genera la nota, las más logradas y las más fascinantes también, son las crónicas más “ficticias” de Arlt, aquéllas en las que el fabulador y narrador construye una historia, transfiriéndole las virtudes de su prosa narrativa: acción, intriga, aventura.

La política internacional de finales de los años treinta, dominada por el afán expansionista de los nazis, es leída y reconstruida por Arlt como un escenario en el que deben descifrarse, tras las palabras y los gestos de los actores políticos, las motivaciones ocultas que los mueven, las intrigas que urden en la oscuridad. La política es sinónimo de conspiración: un terreno perverso y cínico, un campo de maniobras en donde triunfa el más astuto, el que mejor engaña al enemigo.

Otro tema, que atraviesa prácticamente toda la obra de Arlt desde su primer ensayo sobre las ciencias ocultas en Buenos Aires publicado en 1920,⁵ y que permite apreciar la continuidad y la transformación del mismo a través de su paso por distintos géneros, es el vínculo observado por Arlt entre las ciencias ocultas y el poder político. En el primer texto, Arlt denuncia las conexiones entre el ocultismo y el imperio británico en la India, algunos años después, en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, el ambiguo revolucionario, admirador de Lenin y Mussolini, es, no casualmente, un astrólogo. Finalmente, en una crónica de septiembre de 1939, titulada “Septiembre en el horóscopo de Hitler” y destacada por la redacción de *El Nacional* como uno de “los mejores artículos”, Arlt señala la siniestra relación de estas ciencias con las maquinaciones de los nazis que pretenden por esta vía justificar su predominio y expansión. La historia de la persecución y asesinato de Erich Jan Hanussen, el astrólogo “oficial” del nazismo, es narrada por Arlt como un relato policial. Cabe también destacar en este conjunto varias otras crónicas de Arlt, que bien podrían titularse “biografías



sintéticas” de aventureros, criminales, espías, inventores. Es el caso, por ejemplo, de T. E. Lawrence y de Rafael de Nogales, de Sir Henry Wickham, explorador británico al servicio del imperio, que destruye el monopolio del caucho brasileño, o de Gabriel Szakatch, el inventor del lanzallamas durante la guerra del catorce, cuya vida Arlt reconstruye a partir de su oscura muerte en Viena en julio de 1937.

En todos los casos es notoria la voluntad literaria del autor que reconstruye, con destreza y trazos precisos, el escenario de la noticia, la ciudad o el paisaje en que ocurre, para finalmente dramatizar el cuadro: pone en movimiento a los personajes que intervienen, históricos o imaginarios, inventa situaciones, diálogos, monólogos. Tal vez uno de los rasgos estilísticos más logrados de las crónicas de “Al margen del cable” es la seductora composición de lugar con la que inicia muchas de sus notas: recrea de manera vívida el ambiente, la topografía de ciudades nunca vistas: Budapest, Estocolmo, París, Danzig, Filadelfia, Shanghai y muchas más. Arlt trasciende siempre el simple valor informativo de la noticia, la circunstancia histórica de su escritura. Pese a que se han olvidado ya muchos de los nombres y vidas evocados, nombres que fueron noticia en su momento, estas crónicas siguen vigentes por el aliento narrativo que las recorre. €

⁵Roberto Arlt, “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, *Tribuna Libre* (Buenos Aires), núm. 63, 28 de enero de 1920.

Al margen del cable

Los mejores artículos, 1939: "Septiembre en el horóscopo de Hitler"*

BERLÍN, 8 DE ABRIL DEL AÑO 1933.
CUATRO DE LA MADRUGADA

Un automóvil amarillo corre a toda velocidad desde Potsdam por la carretera de Neuhof. El conductor, pálido, el pecho pegado al volante, mira ávidamente por el espejo adherido al parabrisa y aprieta el acelerador. A veces, en el espejo del parabrisa, se mueven los focos de otro automóvil que sortea, también, con idéntica velocidad, las curvas del camino.

El hombre del volante es Hermann Stinscheider, famoso en Europa Central bajo el nombre de Erich Jan Hanussen, doctor en magia negra.

Sus predicciones son célebres. Ha anunciado el asesinato de políticos de nota, la derrota de las izquierdas en pleno incremento, el triunfo de Hitler cuando el partido nazi perdía terreno, el incendio del Reichstag. Cierto es que Hanussen es amigo del conde Helldorf, jefe de las tropas de asalto de Berlín, y Helldorf pasa datos a Hanussen respecto a los políticos que el partido piensa eliminar, y entonces Hanussen anuncia que los astros le han insinuado la desaparición de los tales políticos, y muchas veces el bonachón conde de Helldorf le ayuda a Hanussen a no equivocarse. De manera que una mano ayuda a la otra y las dos lavan la cara. Además, Hanussen es amigo personal de Adolfo Hitler.

*Por lo general, el periódico mexicano conservaba el título original de las crónicas de Arlt, tal como aparecían publicadas en *El Mundo*. En este caso, la redacción de *El Nacional* agrega un encabezado para destacar el mérito de esta nota, y le cambia el título. En efecto, en *El Mundo* aparece el 10 de septiembre de 1939 con el título "Septiembre en el horóscopo de Hitler"; se reproduce en *El Nacional* el 17 de octubre de 1939.

Pero ahora el doctor en magia negra, con el pecho pegado al volante de su Mercedes-Benz, está inquieto. Si alcanza a meterse en su villa de Kurfurstendamn, estará a salvo de estos misteriosos perseguidores que parecen empeñados en alcanzarlo.

Hanussen viene de Potsdam, de dictar un curso de Ciencias Ocultas. Hanussen, hablando en plata, es uno de los bribones más redomados que hayan cruzado las calles de Berlín bajo el sol o la luna. A los dieciocho años, este enérgico buscavidas andaba por Persia corriendo aventuras de ladronzuelo, según sus referencias, estudiando la ciencia de los horóscopos con una sacerdotisa de Kali. Durante la guerra del año 1914, en el frente ruso-germano, al servicio de un coronel teósofo, hipnotizaba prisioneros y les arrancaba secretos militares. Ahora, en este año de gracia de 1933, en su villa de Kurfurstendamn, atiende a la aristocracia de Alemania interesada en escudriñar los misterios astrales.

La consulta se paga a diez dólares porque Hanussen prevé la bancarrota del marco y no quiere clavarse con moneda alemana.

The Presse Photo ha popularizado los interiores de su palacio. Para llegar hasta él, el neófito debe caminar por una alfombra mullida, en la que están labrados toda la serie de signos cabalísticos. Al final de esta vía láctea maravillosa entráis a un salón oscuro, con el suelo cargado de cojines y un muro formado por cortinas de raso negro.

Las cortinas se entreabren, y por esta hendidura de tinieblas, alumbrada por un foco verdoso, aparece la facha del más insolente chalán que haya hurtado bolsas en un ferial de húngaros: el doctor en magia negra, Erich Jan Hanussen.

En su casa encontraréis las herederas y esposas de los grandes barones del acero y de la industria química, y



poderosas parientas de multimillonarios extranjeros. Caminan respetuosamente sobre signos del Zodíaco, se deslizan sin cuchichear entre budas con pies de nácar centelleante y ojos de jade.

Hanussen hace las cosas en grande, y a todos los que vienen a consultarle les pregunta, cuando les despide:

—¿Sabéis quién es el Enviado?

—No.

—Adolfo Hitler.

En pago de esto, el excelente jefe de las tropas de asalto le ayuda a Hanussen a no equivocarse en sus predicciones, de tal manera que hombre o mujer que haya merecido la atención del siniestro adivino puede irse encargando un ataúd a la medida, que lo ha de necesitar. Por eso Hanussen, agradecido al conde Helldorf, les musita en el oído, con voz cavernosa, a sus visitantes:

—Creed en Adolfo Hitler. Él es el Enviado.

Ahora, en las tinieblas de la noche, en este frío amanecer berlinés, Hanussen se desliza pálido como un fantasma, apoyado en el volante de su vertiginoso Mercedes-Benz. Kilómetros y más kilómetros de cinta de asfalto quedan tras él, y lo único que desea es llegar a su villa. Si le dan tiempo se comunicará con Goering, o con Hitler, o con Helldorf. El maldito vehículo que le perseguía ha desaparecido; él se equivocó; pero, de pronto, ya de frente, un automóvil enorme, cargado de una patrulla de *Schutzstaffeln* (policía de Sección Especial), se detiene frente a él. Lo encañona una carabina. Hanussen detiene el coche y se baja. A la luz de los focos muestra la frente perlada de sudor mortal. ¡Es el fin! Lo han perdido sus exclusivos conocimientos de los secretos del partido nazi.

Los empleados de Sección Especial, esgrimiendo cachiporras de caucho, echan a correr hacia el doctor en magia negra; esgrimen las terribles *gummiknüppel* y golpean con ellas la cabeza del amigo personal del Enviado. Hanussen se desmaya, y un polizone descarga su automática en las sienes del mago. Luego registran el cadáver, y en su bolsillo encuentran este horóscopo, que se ha hecho famoso en todos los círculos de aficionados a la astrología, y que, por la tarde, Hanussen había leído en la conferencia de Potsdam:

“Todos los años el mes de septiembre es el mes contrabalanceado en la vida de Adolfo Hitler, pero particularmente en el año 1939, este juego se acentuará, porque dos planetas, Marte, impulsándolo hacia la guerra, y Saturno, presionándolo con escrúpulos de prudencia, pondrán en juego la habilidad del Führer para llevar a feliz término una azarosa empresa guerrera. Ciertamente es que en agosto habrá predominado la prudencia de Virgo, pero esta prudencia se habrá desvanecido al final de este mes. Cuando la luna de Hitler atraviese la zona de Libra, en el mes de septiembre, Hitler tratará de unificar al pueblo alemán, aunque hay peligros de que en el año de 1939, el planeta de Plutón, sumado al tránsito de Saturno sobre el Sol, le impulsen a intentar una guerra grandiosa en la que el Enviado alcanzará el máximo de su poderío; pero en febrero del año 1940 Saturno efectuará el pasaje de su eclipse, y el Führer deberá combatir reciamente contra poderosísimas influencias negativas.”

¿Se equivocó Hanussen? El tiempo lo dirá. Pero no olvidemos que su horóscopo coincide con el de madame de Thebes, que indicó el año 1939 como el de la culminación de Hitler y crepúsculo de Mussolini. €

El destructor de ciudades*

Aquel hombre caminaba por una alfombra de hojas secas que crujían bajo sus pies, mientras que sobre su cabeza, colgados de las ramas de verticales torbellinos verdes, ladraban, con inverosímiles voces, achocolatados cuadrumanos de cuartos traseros escarlatas.

A veces, como la flámula de un incendio, cruzaba el espacio un papagayo de plumaje rojo, y entonces el hombre, pasándose un pañuelo por debajo de la visera de su casco de corcho, respiraba profundamente y continuaba avanzando. Una cantimplora colgada de su cinturón. No muy lejos, si uno ponía un poco de atención, podía escucharse el petardear del motor de una lancha que venía siguiendo la orilla del Amazonas.

De pronto el sendero se ensanchó: los mástiles de los grandes árboles se desviaron del camino, y un espectáculo inesperado se presentó a los ojos de nuestro hombre:

En un gran claro cubierto de hierbas se veía una ciudad. Una ciudad con calles cuya pavimentación había reventado la presión subterránea de las raíces; una ciudad cuyos frontispicios de piedra se desmoronaban enredados por los tentáculos de lianas monstruosas. Más allá, un teatro circular como un circo o una plaza de toros, mostraba su techo desmoronado, sus fustes ceñidos de hojas.

Nuestro hombre continuó caminando, el fusil bajo el brazo.

Dejó atrás algunas callejuelas vacías de seres humanos y entró en una calle principal, si podía llamarse calle principal a esa avenida donde todo género de arbustos tropicales bifurcaban sus ramas hasta en el interior de las vitrinas

desmoronadas de comercios magníficos que habían sido. Y el explorador entró a amplios salones desiertos, donde estanterías semiderruidas, y convertidas ahora en pérgolas de enredaderas silvestres, pregonaban bien elocuentemente el macabro destino de la ciudad desierta.

Y como continuara caminando, a la vuelta de una calle descubrió el teatro de la ciudad, y con paso firme entró a su peristilo, donde un amarillento gato montés, que dormitaba al sol, desapareció con grandes saltos, y cruzando sus arcos erectos bajo el cielo celeste se detuvo en la platea, y allí, sobre un piso de trozos de madera podrida, vio florecer orquídeas comunes. Levantó su mirada al curvo antepecho de los palcos, desde cuyos agrietados esqueletos colgaban los pedúnculos de voracísimas hiedras, y del escenario cubierto de escombros afelpados por un tapiz de musgo, vio deslizarse, hacia su agujero, la escamosa cinta de un crótalo amarillo.

Y entonces nuestro hombre, en medio del teatro invadido por la selva, murmuró:

—Esta es la obra de Sir Henry Wickham, muerto el 27 de septiembre del año 1928.

Inglaterra ama e inmortaliza a sus héroes.

Si usted toma el volumen 23 de la Enciclopedia Británica y lo abre en la página 589, descubrirá diez centímetros de preclara prosa dedicados a la memoria de este *pioneer* y espía al servicio del Imperio, cuya obra máxima consistió en haber destruido el monopolio del caucho brasileño. En el año de 1872 Sir Henry, que había recorrido en todas direcciones el territorio brasileño, publicó un grueso volumen titulado *A Journey throught the Wilderness*. El libro interesó en Inglaterra, y un alto empleado, de no sé qué *office*, se comunicó con el explorador. Sentados frente a un cuadrado frasco de whisky, cruzados de piernas en unos

* Publicada en *El Nacional* (México, D.F.), el 22 de mayo de 1939, reproducción de *El Mundo* (Buenos Aires), 21 de abril de 1939.



esterillados sillones, cambiaron estas aproximadas palabras:

Alto empleado. —Si usted consiguiera semillas de la *Hevea brasiliensis* le haría un gran servicio al Imperio.

Sir Henry. —El robo de plantas o semillas de *heveas* está condenado con la muerte. Un círculo de hierro protege el cauçal brasileño. Pero no se dirá que no hemos probado.

Después de esta conversación, Sir Henry desapareció. Ni la embajada inglesa en el Brasil tuvo noticias de que un inglés había entrado clandestinamente al territorio. Cruza la selva, elude las fieras, vive largas jornadas ocultamente, siempre al acecho, soslayando los posibles ataques de los indígenas, la vigilancia de la policía negra de las fazendas, siempre atento a una sola idea: "... le hará usted un gran servicio al Imperio".

Finalmente, en un rancho, consigue apropiarse de un puñado de semillas. Empaqueta cuidadosamente su tesoro y nuevamente cruza la selva. Ahora el peligro es mayor. Si la policía del monopolio, o la del Estado, llegan a detenerle, está perdido. Morirá sin que nunca en Inglaterra sepan cómo desapareció. Finalmente llega a la Guayana Inglesa; es un zaparrastroso aventurero más; nadie, al verle con sus botas destrozadas, su rojizo collar de barba, el traje hecho harapos, se puede

imaginar que ese hombre, bajo su horrible camiseta sucia, oculta la destrucción de uno de los más potentes monopolios del mundo.

Cuando llega a Londres, las semillas que ha traído del infierno verde son sembradas en los invernaderos de cristal de Kew Gardens. Y pocos años después, la *hevea brasiliensis* es distribuida a todos los plantadores de caucho de las colonias y dominios. Una vez más Inglaterra ha vencido. El monopolio del caucho se desmorona, las ciudades magníficas, que habían surgido en la selva bajo la presión de su actividad, se hunden, se despueblan, se olvidan... Sir Henry Wickham es el responsable. Su gobierno le colma de honores, de títulos. En 1911 las asociaciones del caucho en Londres le regalan 1,000 guineas.

Sir Henry, siempre para mayor gloria del Imperio, sale a explorar otras zonas de la tierra. Va y vuelve; va y vuelve, y cuando se detiene en Londres se le puede ver en su club, sentado melancólicamente frente a un porrón de ginebra, conversando con Rudyard Kipling, que le trata, le escucha y le admira.

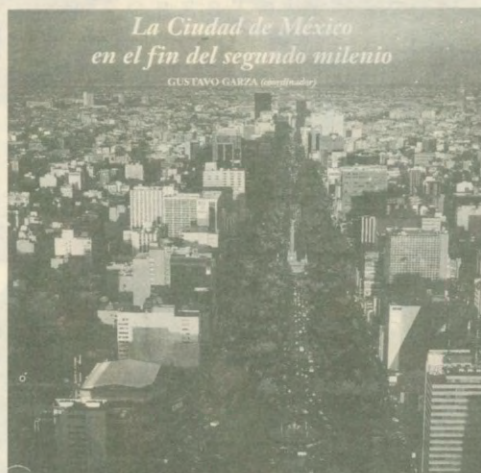
Éste es el hombre de quien, hace pocos días, en Ceilán, cultivadores de caucho descubrieron una estatua.

Pero si vais a Brasil no lo nombréis. €

La Ciudad de México en el fin del segundo milenio

Gustavo Garza (coordinador)

Búsquelo en librerías



Búsquelo en librerías

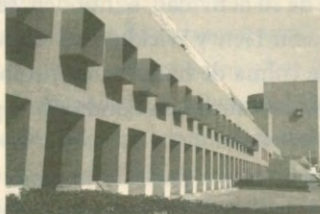
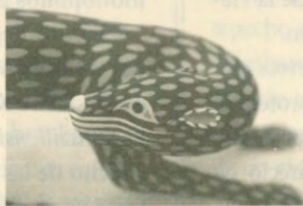


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

VOICES of Mexico



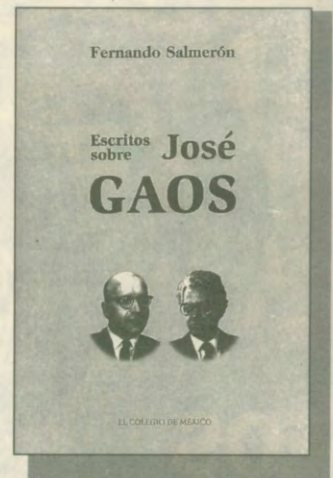
Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales.

La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



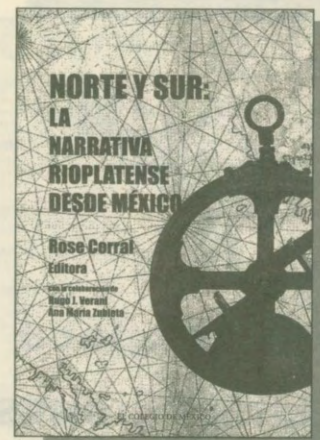
Informes: Tel: 5659 2349, 5659 3821
Fax: 5554 6573
E-mail: voicesmx@servidor.unam.mx
<http://www.unam.mx/voices>

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



LOS UNIVERSITARIOS

Publicación mensual de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM



NÚMERO 7 ABRIL

- Entrevista de Ignacio Solares a Carlos Fuentes
- Tres poemas de Tomás Segovia
- Kafka y sus ediciones
- Adelanto de novela de Jaime Avilés
- Reportaje fotográfico de Paulina Lavista
- *Enfermedad y creación* de Arnaldo Kraus
- Cartelera

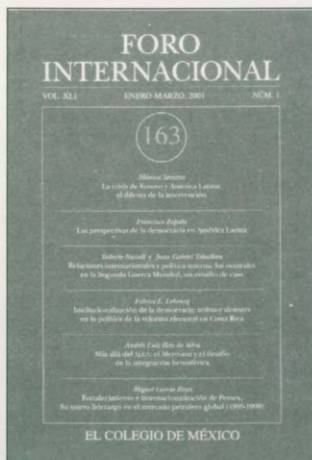
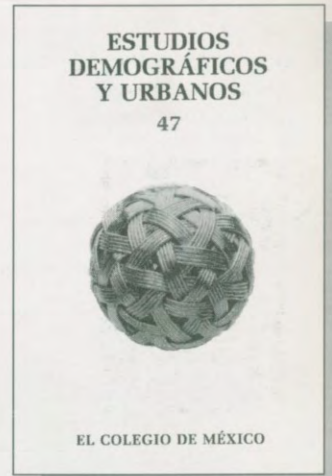
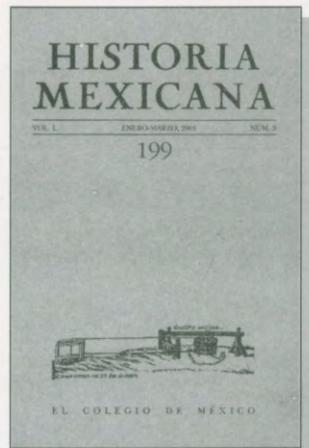
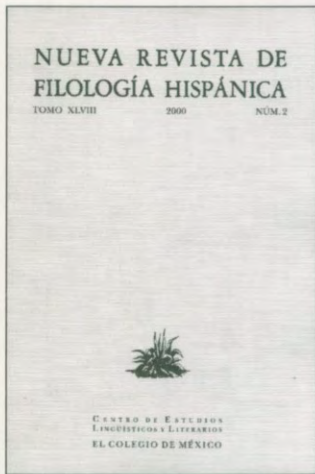
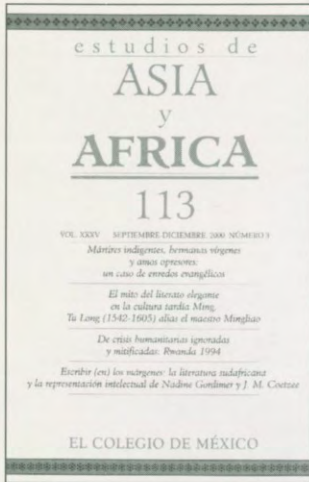


Nueva época

SUSCRIPCIONES:
56 65 17 33



PUBLICACIONES PERIÓDICAS

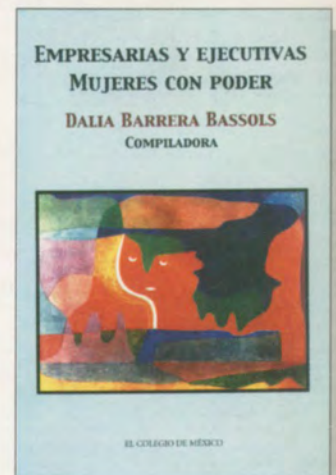
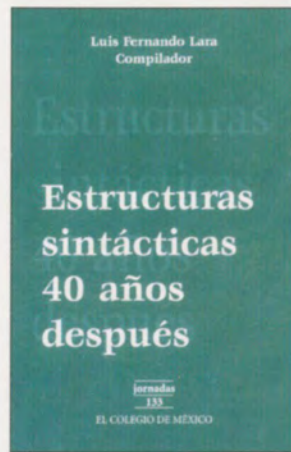
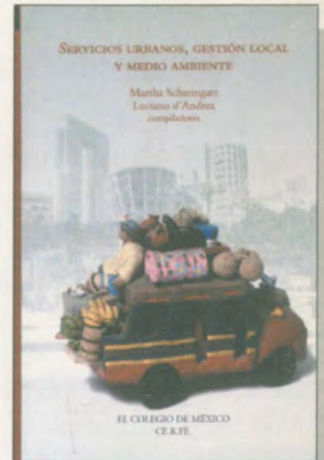


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx

